BIBLIOTECA LIRICO-DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

Los siete Niños de Écija

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

DON LUIS MEGÍAS Y ESCASSY

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES
Calle de los Madrazo (antes Greda), 15, bajo
1901

LOS SIETE NIÑOS DE ÉCIJA

LOS SIETE NIÑOS DE ÉCIJA

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

DON LUIS MEGIAS Y ESCASSY

Representado por primera vez en el TEATRO DEL BALÓN de Cádiz, con extraordinario éxito, el día 1.° de Abril de 1865, y posteriormente en los principales teatros de España y Ultramar.

SEGUNDA EDICIÓN


MADRID

B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPLICADO

Teléfono número 551

—

1901

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CLAVELLINA, gitana..................	Doña	Mercedes Buzón.
LUISA, niño de Ecija..................		Cristina Cortés y Avilés
MARÍA..............................		Pastora Osuna.
DOLORES...........................		Pastora García.
JUAN PALOMO, capitán de los niños de Ecija.	Don	José María Caballero.
DON JUAN DE VELÁZQUEZ, capitán de Miqueletes y niño de Ecija.............		Francisco Jiménez.
DON JUSTO, jefe de la Junta de los niños de Ecija..............................		Francisco Gallegos.
TÍO LUCAS, el Greñudo.............		Ramón Carrillo.
EL MARQUÉS DE GUADALCANAL........		Domingo Ruiz.
EL CIERVO, niño de Ecija............		José Espinosa.
UN CORONEL............................		Francisco Guerrero.
UN CAPITÁN............................		Eduardo Galinier.
UN COMISIONADO DE HACIENDA........		Joaquín Regausón.
CONTRAMAR...........................		José Fero.
UN POSADERO.........................		José Galinier.

Niños de Ecija, soldados, etc.

La escena pasa el primero, tercero y quinto actos en Sierra Morena; el segundo en Sevilla y el cuarto en Luisiana.



ACTO PRIMERO

El reconocimiento

Patio del caserío de un cortijo. Tapia al fondo con puerta practicable. Monte, también practicable, al foro A la izquierda, cobertizo con entrada á la casa. Es de noche. Tormenta lejana. Aparecen Clavellina sentada bajo el cobertizo; María en la puerta de la tapia.

ESCENA PRIMERA

CLAVELLINA y MARÍA

MARÍA ¡Qué noche! No se ve nada.
¡Qué inquietud!

CLAV. Hija, no temas;
otras noches aun más tarde
Juan no regresó; la sierra
es de él tan conocida,
que mientras no sale de ella,
no abrigo temor alguno
de que la tropa le prenda.
¿Quién puede cortar el paso
do van los Niños de Ecija?

MARÍA Es verdad que son valientes.

CLAV. No son valientes, son fieras;
lo que ellos hacen, María,
nadie más que ellos lo intenta.

MARÍA Yo temo por Juan...
CLAV. ¡Tú temes!
¡Ay, que me ahoga la pena!
Tú temes, porque le amas,
porque es la pasión primera
que en tu corazón de virgen
para tormento se encierra;
yo soy su madre, y no temo
que corra por esa sierra
para robar, que es su sino;
otro mal mi pecho alberga;
el verle triste, el mirar
que alguna pena secreta
su alma de bronce padece,
y debe ser honda pena.
MARÍA ¡Ay!
CLAV ¡Suspiras! Haces bien.
MARÍA ¡Si Juan me amara!...
CLAV. ¿Qué hicieras?
MARÍA Si Juan me amara, sería
la más feliz de la tierra
CLAV. Y, ¿nunca te habló de amores?
Dime la verdad, no temas,
que yo amo á Juan con el alma
y eres tú, María, tan buena,
que al verlo tuyo, quizás
también feliz me sintiera.
MARÍA Nunca... pero, ¿á qué mentir?
Juan no habló de amor apenas
conmigo, mas me distingue
con cuidados y finezas,
y si es que amor le inspiro,
me engaña...
CLAV. Quizás...
MARÍA Por fuerza
debo gustarle. Aunque triste
siempre está, cuando en la siesta
se reunen los muchachos
y un rato de broma echan,
contando sus aventuras,
sus amores, sus tragedias,
Juan suspirando me mira,
y alguna vez, ¡qué vergüenza!

ha dicho:—Si una muer
que yo sé me prefiriera,
si lograra conquistar
aquella cara de perla,
quedaban sin capitán
los siete Niños de Ecija.—

CLAV. ¿Y tú?

MARÍA Yo, cuando lo oigo
clavo la vista en la tierra,
y me pongo colorada,
y siento un temblor...

CLAV. ¡Es buena!
¿Y tú crees sea por tí?

MARÍA Yo no sé, pero mintiera
si algún amor no le inspiro...

CLAV. Entonces, María, no temas:
Juan te amará...

MARÍA ¡Qué feliz
en el mundo me sintiera!

CLAV. Pero, tu padre...

MARÍA Mi padre
quiere mucho á Juan; detesta
como yo la mala vida
á que sin cesar se entrega;
mas si dejara el camino,
de seguro le admitiera
en nuestra familia, dándole
á manejar nuestra hacienda.
Mi padre es rico, lo es
también Juan...

CLAV. Mas si no deja
esa vida no es por él;
sus compromisos...

MARÍA ¡Tontera!
Es verdad que Juan no es solo,
pero los seis que le cercan,
en mandando Juan, se callan,
y obedecen.

CLAV. No, no es esa
la causa. No creas, María,
que son los Niños de Ecija
tan solo siete bandidos
aventureros, no creas...

Tras ellos un gran misterio,
otro plan grande se encierra,
donde figura una gente
que si Juan no obedeciera,
un lazo le tendería
que arriesgara su cabeza.
(Se oye un silbido lejano.)
¿No oiste?

MARÍA Deben ser ellos.
CLAV. Sí. (Se oye otro silbido.)
MARIA Los mismos.
CLAV. Vé á la puerta.
Es mi Juan; la Virgen santa
sin novedad me lo entrega.
MARÍA Ellos son; me voy de aquí,
no quiero que Juan me vea;
que no conozca que sufro
porque es muy largo su ausencia.

(Vase por la puerta que da entrada á la casa. Juan Palomo aparece en la puerta de la tapia con el Ciervo y cinco de su partida; reconoce la escena y luego habla con los suyos.)

ESCENA II

CLAVELLINA, JUAN PALOMO, el CIERVO y cinco Niños en la puerta, que luego cierran

JUAN Sin novedad. Colocarse
repartidos por las breñas,
y ya sabéis la señal;
cuando yo llame, daos priesa.
Tú, Ciervo, no te separes;
quédate junto á la puerta
por si se me ofrece algo.
CIER. Está bien.
JUAN Mucha cautela.
Hoy debe llegar don Justo,
y está poblada la sierra
de Miqueletes, no haga el diablo...

CIER. Nada temas.
(Cierra la puerta. Entra Juan en la escena.)
JUAN ¡Madre!
CLAV. ¡Ay, Juan, qué malos ratos
me haces pasar!
JUAN ¿Por qué es eso?
CLAV. Con tu tardanza me inquietas;
siempre temiendo á un encuentro,
á que te prendan, te maten...
JUAN No tema usted, ¡por los cielos!
Usted sabe que es difícil
un percance en estos tiempos.
La confidencia anda lista,
y en el monte ó en los cerros,
ni temo á los Miqueletes,
ni le temo á un regimiento;
que en llevando mi trabuco
está seguro mi cuerpo.
CLAV. Soy tu madre, y en tus cosas
más que tú mismo yo pienso.
Estás pregonado, Juan,
y aunque tú cuentas con esos
señorones, también sabes
que esa gente es en extremo
ambiciosa; te protegen
porque robas para ellos,
pero te abandonarán
cuando les falte dinero,
y que no les mandas nada
sabes que hace mucho tiempo.
Además, te veo triste;
tú tienes penas, lo leo
en tu rostro, en tus acciones;
sí, tú abrigas en tu pecho
algo que te inquieta, Juan.
JUAN Tiene usted razón, que peno.
CLAV. Dime lo que tienes.
JUAN Madre,
deje usted que calle el pecho;
deben callarse las penas
cuando no tienen remedio
CLAV. ¿Es que te cansa esa vida?
¿Por qué no la dejas?
JUAN Debo

seguir en ella, es mi sino;
sufro, pues, y no me quejo.

CLAV. Mas por lo que sufres, dile
á tu madre, cuando menos...
¿Tienes tú para tu madre
Juan de mi vida, secretos?

JUAN Dice usted bien. Sí, mis penas
sin disputa, serán menos,
contándolas á quien solo
me dá en el mundo consuelo.
Sentémonos, madre mía,
y aquí un ratico hablaremos
de mis cuitas (Se sientan.)
Oiga usted,
que voy empezar de lejos.
Un día usted me llamó
y habló de mi nacimiento;
me dijo usted, que un señor
allá en sus primeros tiempos
le fingió amor, que usted ciega,
porque amor es niño y ciego,
sin mirar las consecuencias
se entregó en sus devaneos,
dando á luz primero un niño
que fuí yo; que nació luego
otro, que los dos crecimos
cada cual por un sendero;
ambos luchando en la guerra,
y espanto en la guerra siendo.
Mas afortunado el otro
logró conquistarse un puesto
de capitán, mientras yo
protejido del infierno,
vine á luchar con mi estrella
haciéndome bandolero.
Usted me dijo aquel día:
—Tu hermano se halla sirviendo
en los Miqueletes; puedes
con él tener un encuentro;
si llega ese caso, Juan,
su vida te recomiendo;
respeta tu sangre; sé
siquiera para ella bueno.

CLAV. Es verdad, y tú juraste
tenerle siempre respeto.
¿Acaso no lo has cumplido?
Habla, dí.

JUAN No, si no es eso.
Hace seis meses, un día
me avisaron que del pueblo
debía salir el Marqués
de Guadalcanal, trayendo
con dirección á Sevilla
gran cantidad de dinero,
y que quería acompañarse
de algunos escopeteros.
Valiéndome de mis trazas,
yo me presenté en el pueblo,
y con mi gente, de escolta
le vine al Marqués sirviendo.
El Marques tiene una hija,
madre; pensarlo no quiero;
más pura que es puro el día,
más candorosa que el cielo;
la ví, y me prendé de ella,
que aunque yo sea bandolero,
mi corazón no es de bronce,
y mi corazón es bueno.
Yo ví á Luisa, y el amor
Luisa engendró en mi pecho,
y desde entonces no vivo,
desde entonces en ella pienso,
y yo por su amor daría,
¡ay madre! lo que no tengo.
Erame fuerza cumplir
con mi deber, y en dinero
le robamos al Marqués
como unos treinta mil pesos.
Al parar en la posada
de Alcalá, se hizo el enredo.
De modo, que ni el Marqués
ni nadie cayese en ello,
metiendo dentro los cofres,
piedras en vez del dinero.
Mas cuando de allí salimos,
enamorado, sin seso

por Luisa, seguí al coche,
cuando divisé á lo lejos
á una partida; á su frente...
¿á quién creerá usted que vieron
mis ojos?

CLAV. Ya lo adivino;
á tu hermano.

JUAN Sí; ¡qué encuentro!
Dos disparos de escopetas
fué el saludo que nos dieron;
¡vaya un rato, madre mía,
hasta el recordarlo tiemblo!
—¡No tiréis!—dije á los míos;
pero imposible; al momento
dispararon sus trabucos,
y á este quiero, á este no quiero,
se armó allí tal ensalada
que era imposible entendernos

CLAV. ¿Pero, tu hermano?...

JUAN Mi hermano,
valiente como el primero,
de los pocos que quedaron
se conservaba en su puesto.
—Lo van á matar,—me dije,
á la Virgen me encomiendo,
y apuntándole á una pierna
caer del caballo le veo.

CLAV. ¡Ah! ¿Tú le tiraste?

JUAN Sí,
le tiré; le herí, pudiendo
así salvarle la vida,
porque mi gente, hecha un fuego,
si yo no le tiro, madre,
le tirára un compañero,
no para herirlo tan sólo,
sino dejándolo muerto.

CLAV. ¿Pero depués?...

JUAN Yo no sé,
madre, lo que pasó luego.
Abandonamos el coche
y ambos hermanos... no puedo.
que ya la pena me ahoga...

CLAV. Sigue, sigue.

JUAN A un mismo tiempo
los dos salimos heridos,
que si él lo salió en el cuerpo,
yo llevaba el corazón
rebosándome en el pecho.

CLAV. Y aquella joven. .

JUAN ¿Luisa?
Madre, no sé qué se ha hecho,
pues desde aquella ocasión
á saber de ella no he vuelto.

CLAV. ¿Y sin verla, aun le conservas,
Juan mio, tanto recuerdo?

JUAN Tanto, madre, que no vivo,
que ya no tengo sosiego,
que aborrezco mi destino
y hasta mi vida aborrezco;
que si estoy despierto, en ella
á todas las horas pienso,
y pienso en ella soñando
si es que alguna vez me duermo.

CLAV. (¡Pobre María!)

JUAN Esa es
la pena que abrasa el pecho.
Desde entonces, los señores
de la Junta, al ver que espero
sin robar, hace seis meses,
pues desde entonces no quiero,
están de mí recelosos,
me amenazan, y este enredo
tiene que tener al fin
un desenlace funesto.

CLAV. ¿Y hoy debe venir D Justo?

JUAN Sí, madre, y mucho lo temo.
Don Justo, con su influencia
nos defiende; si le entero
de que para yo vivir
habré de abandonar esto,
será capaz de una intriga
y entonces...

CLAV. Es verdad, lo veo.
Don Justo es malo; es preciso
que le engañes... Ya veremos
después...

JUAN — Tiene usted razón.
Voy á recorrer los puestos.
Si viene don Justo, madre,
que vaya á avisame el Ciervo. (Vase.)

ESCENA III

CLAVELLINA sola

¡Enamorado, Dios mío,
de un ángel, demonio siendo!
Con esta pasión, mi Juan,
ya feliz no puedes serlo.
Los crímenes de tus padres
tú pagas en este suelo,
mas los pagas inocente
porque tú, Juan, eres bueno.
¡María! ¡Pobre María!
Guarda tu amor en tu pecho,
olvida, si quieres, niña,
no labrar tu desconsuelo
¡Hoy debe venir don Justo!
¡Infame! ¿Y habré de verlo?
No, porque al verlo, quizás
no tuviera sufrimiento,
y fuera poco oportuno
descubrirle mi secreto.
Pero Juan querrá cenar,
y su gente; vamos presto.
María. (Llamando.)

ESCENA IV

LA MISMA, MARIA y EL GREÑUDO

MARÍA — ¿Qué manda usted?

CLAV. — Juan va á volver al momento,
que esta noche en el cortijo
esperando á un caballero
está. Prepárenle ustedes
algo de cenar ..

GRE. Ya entiendo.
Esto quiere decir. .
CLAV. Calla...
GRE. Que esta noche habrá meneo.
¡Válgame Dios, Clavellina,
si vieras lo que á Juan quiero!
Por quitarlo de esa vida
daba todo cuanto tengo.
CLAV. Es imposible, tío Lucas.
GRE. ¿Y por qué?
CLAV. Lo sabe el cielo.
GRE. Pero, mujer, tú que puedes...
CLAV. No, tío Lucas, yo no puedo.
Por verlo yo en esta vida
harto sufro y harto peno.
GRE. (Que en las cosas de esta gente
debe de haber gatuperio
demasiado me lo sé;
pero mandan, y obedezco,
porque si no obedeciera...) (Vase.)
CLAV. Tú, María, gran silencio,
si llegas á sospechar
quién es ese caballero.
MARÍA Nada tema usté por mí:
yo soy muda, y nada veo.

ESCENA V

LAS MISMAS, el CIERVO á la puerta

CIERVO Hacia aquí vienen dos bultos,
que según lo que yo infiero,
uno ha de ser el señor
que espera Juan.
CLAV. Vamos dentro,
no conviene que nos vea:
entremos, María, entremos. (Vanse.)

ESCENA VI

EL CIERVO, JUAN PALOMO y DON JUSTO

JUAN — Entre usté aquí sin reparo,
que fuera se queda el Ciervo;
ni habrá quien nos interrumpa
ni quien escuche ..

JUSTO — Yo creo
que de tí debo fiarme.

JUAN — Déjese usted de recelos.
¡Que no entre nadie, lo entiendes!
(Vase el Ciervo cerrando la puerta.)
Estamos solos, hablemos.

JUSTO — Por venir á verte aquí
ya sabes que corro riesgo.

JUAN — Mucho interesará á usted,
cuando viene á pesar de eso.

JUSTO — Mucho.

JUAN — Pues diga usté ya.

JUSTO — Ha tiempo que no nos vemos,
y es menester hablar claro
si al fin hemos de entendernos.

JUAN — Pues hable usté sin reparos
y déjese de rodeos.

JUSTO — La Junta me manda...

JUAN — ¿Y bien?

JUSTO — Hay disgustos en su seno.
Hace seis meses, Palomo,
que nada de tí sabemos,
y esto así no puede estar.
Los señores en los pueblos
pagan con usura...

JUAN — Sí,
las partidas, lo comprendo.

JUSTO — La asociación se desquicia;
ha entrado ya el desconcierto:
hay que pagar mucha gente,
y yo, con franqueza, quiero
que me digas, si esto así
ha de seguir mucho tiempo.

JUAN Si la Junta tiene quejas
de mí, yo también las tengo.
Mientras que yo en el camino
paso por todos los riesgos;
mientras que hago desavíos,
mientras que riqueza adquiero,
y en esta empresa me ayudan
los otros seis compañeros,
los señores de la Junta
se recogen en sus lechos,
no temen por nuestras vidas
no evitan nuestros tropiezos,
reciben cuanto les mando,
y yo mando cuanto adquiero,
y si algo me dan, no vale
ni aun la pena de tenerlo.
¿Esto es razón? No lo es;
yo pudiera ser más cuerdo,
y lo que robo guardarme.
Esto ha llegado al extremo;
al camino nadie sale;
hay que internarse en los pueblos,
y ustedes no nos defienden,
que importa poco perdernos,
porque el reemplazo está pronto.
Y puesto que así obran ellos,
¿qué quiere usté que yo haga?
Lo que hago es estarme quieto.

JUSTO Veo, Juan, con harto disgusto,
que así no nos entendemos

JUAN Y qué quiere usté, soy franco
y le digo lo que siento.

JUSTO ¿Tú olvidas que sin la Junta...
tu cabeza?..

JUAN No por cierto.
Mi cabeza la defiende
mi trabuco naranjero.
Si me prendieran, la Junta
sabría quitarse de en medio,
porque no la descubriera
sin duda alguna temiendo.

JUSTO Es que puede separarte,
si no cumples, de tu puesto..

JUAN — Es que yo, señor don Justo,
mi puesto á nadie lo cedo.

JUSTO — Está bien; te insubordinas,
rompes el pacto; lo entiendo.
¿Te crees tan superior
que no nos temes?...

JUAN — No temo,
que á temer, es bien seguro
que no fuera bandolero.
Sólo una traición podría...

JUSTO — ¿Y no crees?...

JUAN — No lo creo;
tengo yo para traiciones
muy eficaces remedios;
de este negocio la clave,
y el que tiene este secreto,
ni debe temer traiciones
ni que le quiten su puesto.

JUSTO — Piénsalo bien.

JUAN — Lo he pensado.

JUSTO — Te doy un plazo.

JUAN — Lo acepto.

JUSTO — La Junta quiere...

JUAN — Lo sé;
la Junta quiere dinero.

JUSTO — Si dentro de un mes no le hay,
obrará...

JUAN — Ya lo veremos.

JUSTO — Reflexiona...

JUAN — Lo he pensado.
Si ustedes ayudan, bueno;
mas trabajar por mi cuenta
y darles lo que yo adquiero,
ni es justo, ni á hacerlo así,
don Justo, me hallo dispuesto.

JUSTO — Yo haré que trabaje...

JUAN — Entonces
quizás nos entenderemos.

JUSTO — Haz que me acompañen.

JUAN — Bien.

JUSTO — Que no te descuides.

JUAN — (Llamando.) Ciervo.

CIER. — ¿Qué quieres?

JUAN Sirve de guía.
Acompaña al caballero
hasta el sitio que te diga
y vente corriendo.

CIER. Bueno.

JUSTO Adiós.

JUAN Vaya usted con él.

JUSTO ¿Tendré que volver?

JUAN Veremos.

(Vanse don Justo y el Ciervo.)

ESCENA VII

JUAN PALOMO, solo

Este asunto no está bueno,
y ya yo me voy cargando. .
Pues pronto, si me desmando
vamos á tener un trueno.
Es verdad que yo .. ¡bobada!
soy el mismo... ¿En qué me fundo,
ni qué espero yo del mundo?
Es claro, no espero nada.
¿Y qué se dirá de mí
si ven que dejo esta vida?...
Pero esa mujer... Mentida
fué la pasión que sentí.
Un ladrón no puede amar,
tiene que seguir su sino,
y del ladrón el destino
es robar, sólo robar.
Pero es que, siendo ladrón,
yo siento aquí... Fuera, fuera,
quimera sólo, quimera
que me embarga la razón.
¡Amar yo! ¡Fuera osadía:
amar, y amar tan sin tino
al hechizo más divino
que encierra la Andalucía!
Juan, calma tu afán un poco;
deja ese amor importuno,
que si lo dices á alguno
te van á tener por loco.

ESCENA VIII

EL MISMO y el CIERVO

CIER. Juan, al bajar por la Sierra,
he visto á lo lejos...
JUAN ¿Qué?
CIER. He visto gente, y yo sé
que no es gente de esta tierra.
De un relámpago al reflejo
he visto una vestimenta...
JUAN ¿De Miqueletes?
CIER. Es cuenta.
Al menos...
JUAN Por San Alejo;
¿nos habrá ese hombre vendido?
CIER. ¿Don Justo?
JUAN Sí; está de mala.
CIER. Pues hombre, con una bala
era asunto concluído.
JUAN Vamos allá. (Suenan algunos disparos.)
CIER. ¿Lo ves, Juan?
JUAN Vamos pronto.

ESCENA IX

LOS MISMOS, el GREÑUDO, CLAVELLINA y MARÍA

GRE. ¿Hago yo avío?
JUAN Ande usted también.
MAR. (Suenan disparos.) ¡Dios mío!
CIER. Vamos pronto, capitán. (Vanse los tres.)

ESCENA X

CLAVELLINA y MARÍA

MAR. ¡Qué miedo tengo!
CLAV. ¡María,
la Virgen lo salvará!

MAR. ¡Yo tiemblo!
CLAV. ¡Tú tiemblas! ¡Ah!
Reza conmigo, hija mía.
(Suenan disparos sucesivamente.)
MAR. ¡Cielos!
CLAV. ¡Dios lo saque en bien!
MAR. ¡Ay, yo no soy para esto!
¡Habrá sangre!
CLAV. Por supuesto.
MAR. ¡Qué horror!
CLAV. Su sino es también.
(Suenan disparos lejanos.)
MAR. Se alejan.
CLAV. Ya no hay temor.
MAR. Pues, ¿cómo?...
CLAV. Ya se han salvado,
pues tiran al desbandado.
¡Oh, lo conozco!...
MAR. ¡Qué horror!
CLAV. Sí, no me engañan las señas;
de algo servirme ha debido
tantos años que he vivido
rodando por esas breñas.
Escucha...
MAR. No se oye nada.
Sí, vienen...
CLAV. Se acercan.
MAR. Sí;
siento pisadas...
CLAV. Aquí
se encaminan...
MAR. ¡Qué asustada
estoy!
CLAV. No debes sufrir;
de Juan el sino es matar.
MAR. ¡Ay!
CLAV. No puede declinar;
el sino se ha de cumplir. (Vanse.)

(Aparece en la puerta de la tapia don Juan de Velázquez, que hostigado por Juan Palomo, el Ciervo y cuatro Niños de Ecija, viene á parar á la derecha del proscenio. El Ciervo le apunta con el trabuco.

ESCENA XI

DON JUAN, JUAN PALOMO, el CIERVO, el Greñudo y cuatro Niños de Ecija

JUAN — Entra, que vas á morir.
CIER. — ¿Tiro, capitan?
JUAN — Espera.
D. JUAN — Puedes hacer lo que quiera
quien te manda. Por vivir
vine esta noche á buscarte.
Juan, no me prendiste, no;
pues si no me entrego yo,
hasta he podido matarte.
JUAN — (Y tiene razón.) ¿Quién eres?
Tu cara me es conocida.
D. JUAN — Haz que salga tu partida.
JUAN — Afuera todos. (Vanse.)

ESCENA XII

JUAN PALOMO y DON JUAN

JUAN — ¿Qué quieres?
D. JUAN — Don Juan de Velázquez soy.
JUAN — Tú mi... (Pero, calla, Juan.)
¿Y qué intentas?
D. JUAN — Capitán
de los Miqueletes, hoy
salí á buscarte, porque
hablar contigo intentaba,
mas mi gente que acechaba
no quiso escucharme.
JUAN — ¿Y qué?
D. JUAN — Al llegar me hizo un disparo,
pero yo anduve certero,
y eché por tierra al primero;
lo maté...
JUAN — Lo he visto claro.

He visto, don Juan, morir
al mejor de mi partida;
puede costarte la vida
haberle llegado á herir.
Mas te perdono, don Juan,
porque entre tú y yo se encierra
un secreto que me aterra..

D. JUAN Tú eres aquí el capitán
y quiero me oigas atento.
No vengo á reñir contigo,
vengo á llamarme tu amigo.

JUAN Habla, pues.

D. JUAN El pensamiento
me dice que solamente,
si tu partida me escuda,
puede servirme de ayuda
en un peligro inminente.
Quiero vivir á tu lado,
que en mi sino aborrecido
preferible es ser bandido
á ser, cual yo, desgraciado.

JUAN No comprendo. Un capitán
de Miqueletes...

D. JUAN ¿Qué importa,
si de serlo me reporta
toda mi desgracia, Juan?

JUAN Puede ser un lazo..

D. JUAN Fía
en mi palabra.

JUAN De modo...

D. JUAN Te lo juro.

JUAN Me acomodo.
Pero, ¿por qué es tu manía?
Cuando menos, la razón
para venirte conmigo...

D. JUAN Ofréceme ser mi amigo.

JUAN Abreme tu corazón
de una vez.

D. JUAN Es un tormento.

JUAN ¿Qué te hicieron en el mundo
para buscar con profundo
rencor tu desquiciamiento?
Mas, don Juan, hablemos claro.

El verte aquí no me pesa,
pues tu suerte me interesa
como el objeto más caro.

D. JUAN Lo he llegado á sospechar.
Hace seis meses pudiste
matarme y sólo me heriste...

JUAN Yo no te puedo matar.
Un secreto entre los dos
muy grande, don Juan, se encierra;
la desgracia de la tierra
va de nuestra vida en pos.

D. JUAN ¡Un secreto! Habla.

JUAN Primero
dí lo que pasa por ti;
el por qué has venido aquí.

D. JUAN Pues que lo exiges...

JUAN Lo quiero.

D. JUAN Soy desgraciado; amo loco,
con amor de Satanás.

JUAN ¿Y te corresponden?

D. JUAN Más
que yo quisiera.

JUAN Si un poco
de amor yo hubiera encontrado,
todos gozando me vieran;
tú sufres porque te quieren,
yo, porque no soy amado.
Pero mi mal no es del caso,
hablemos del tuyo ahora,
que se nos pasa la hora
y no salimos del paso.

D. JUAN Escucha. Vivo en el mundo
aislado; no tengo madre;
de no conocer mi padre
abrigo el dolor profundo.
No supe quién me crió.

JUAN Y no lo quieras saber.
Valiera más que al nacer...

D. JUAN ¿Tú sabes?... Habla.

JUAN No, no.

D. JUAN Sí, sí; tu afán, tu cuidado,
la bondad que á mí te humilla,
ese placer que en ti brilla

porque me ves á tu lado...
Habla, Juan; tú sabes...
JUAN Calla
y respeta mi secreto,
lo mismo que yo respeto
el traspasar la muralla
que me separa de ti;
que tú naciste honrado,
y yo, don Juan, un malvado
por mi desgracia nací.
D. JUAN Mas, ¿sabes quién es mi padre?...
JUAN No lo sé, tampoco el mío.
D. JUAN ¡Qué ansiedad!
JUAN Es desvarío.
D. JUAN Pero dí al menos, mi madre...
JUAN Tu madre vive...
D. JUAN Por Dios,
no mi razón extravíes.
JUAN La madre por quien sonríes,
Juan, es madre de los dos.
D. JUAN ¡Tú mi hermano!
JUAN ¿Lo ves, Juan?
Te horroriza. ¡Qué quimera!
¿Quién me mandó que dijera?..
D. JUAN ¡Oh, no! Mas calma mi afan
de una vez... yo no...
JUAN Quizás
al saber que soy tu hermano
me aborrezcas inhumano,
y hasta te arrepentiras
de haberte llegado á mí...
D. JUAN ¡Oh, no! Si eres desgraciado,
yo lo soy más. Lo ha mandado
Dios; pues que se cumpla así.
Mis brazos... (Se abrazan.)
Pero no llores...
JUAN Sí, que nos una este lazo.
D. JUAN ¡Ay, Juan, quizás este abrazo
mitigue nuestros dolores!
JUAN ¡Y es preciso ser ladrón!
D. JUAN Así el sino nos lo exige.
JUAN ¿Pero á ti, Juan, no te aflige?
D. JUAN Es tal nuestra condición.

Escúchame. Hace seis meses
que tuvimos un fracaso,
yo cumpliendo mis deberes,
tú defendiéndote bravo.
Mi gente ya desbandada,
solo me quedé en el campo,
y me hubieras muerto, Juan,
á no haber sido mi hermano.

JUAN
Es verdad.

D. JUAN
Pero me heriste.

JUAN
De esa manera evitando
que uno de los míos...

D. JUAN
Entiendo.
Me abandonó mi caballo,
y sin quien me socorriera
quedé solo enmedio el campo.
La sangre que yo perdía...
mis sentidos trastornados,
hubiera allí sucumbido
si la delicada mano
de una mujer tan hermosa
cual la Virgen del Milagro
no restañara la sangre
de mi herida. Iba un anciano
con ella; me recogieron
y en su coche me llevaron
á Sevilla, donde á fuerza
de afanes y de cuidados,
pasados algunos días
mis padeceres curaron.
Curé de la herida, Juan,
mas me sentí enamorado,
tanto, que si enfermo estuve
más enfermo me dejaron
aquellos ojos, que más
que ojos eran dos astros.
Le dije mi amor, oyólo;
ruborosa al escucharlo,
confesó que también ella
había de amor enfermado.
Un día, ¡triste recuerdo!,
me eché á los pies de su anciano
padre, y lleno de ilusiones

pedí de su hija la mano.
Rechazó mi loco empeño,
despreció mi amor cuitado,
me despidió de su casa
y entabló nupciales tratos
con un un orgulloso noble,
que al ser noble, orgullo es claro,
encerrando en un convento
á mi objeto idolatrado.
Yo seguí en mi desvarío,
amando yo y ella amando,
y aunque hablarla no podía,
por escrito nos hablábamos.
Ella loca y loco yo,
cuando el momento cercano
está de su boda, es fuerza
poner fin á tan aciago
proyecto; no hay medio alguno
legal; su padre es tirano;
vende su hija al orgullo,
la niega al amor, y en tanto
ella morirá de amores
y yo también muero amando.

JUAN ¿Qué intentas?

D. JUAN Te diré
mi proyecto.

JUAN Hablemos bajo.

D. JUAN Mañana será la boda,
y es necesario evitarlo.

JUAN ¿Cómo?

D JUAN Mañana en la noche
á casa del Marqués vamos.

JUAN Pero...

D. JUAN Cuento para ello
con la ayuda de un criado
y una doncella; de acuerdo
con ellos, nos ocultamos
en la casa del Marqués;
y cuando el padre insensato
conduzca al lecho nupcial
al dulce bien que idolatro,
yo estaré en la habitación;
ustedes quedan abajo...

JUAN ¿Y bien?...
D. JUAN El marido necio,
cuando penetre en el cuarto,
en vez de mujer...
JUAN Ya entiendo:
se le tumba de un balazo;
ella se queda viuda
y tú dueño de su mano.
Pero, nosotros...
D. JUAN Ustedes
á su oficio; ese tirano
que al vender su hija me pierde,
piérdase también.
JUAN Ya caigo.
D. JUAN ¿Iremos?
JUAN Los Niños de Ecija
no se asustan de un mal rato.
Si ese Marqués es muy rico,
tú eres feliz, y yo gano.
¿Quién es ella? Si es que puedes
decírselo tú á tu hermano.
D. JUAN Ella se llama Luisa.
JUAN ¿Luisa has dicho?
D. JUAN ¿Qué hay de malo?
JUAN ¿Y su padre es el marqués
de Guadalcanal?
D. JUAN Es claro.
JUAN (¡Cielos! ¡Luisa! ¡Esto más!
¡Y yo que la adoro tanto!)
D. JUAN ¿Qué te sucede?
JUAN ¡Don Juan!
D. JUAN ¿Conoces tú...?
JUAN (Sufro y callo...
¡Diera más de media vida
porque no fuera mi hermano!)
D. JUAN ¿Callas? No entiendo...
JUAN No es nada.
Mañana á Sevilla
D. JUAN Estamos
en que ingreso en tu partida;
sin eso nada hay pactado.
Se trata de un crimen, Juan,
y tan sólo con pensarlo

que peligra mi cabeza
conozco.

JUAN Todo está hablado.
Y ahora, Juan, ¿quieres saber
quién es tu madre?

D. JUAN ¡Oh, sí!

JUAN Estamos
cerca de ella.

D. JUAN ¿Está aquí?
Sufro lo que en verla tardo.

JUAN ¡Clavellina! (Llamando.)

ESCENA XIII

LOS MISMOS y CLAVELLINA

CLAV. ¿Qué se ofrece?

JUAN Dé usté á ese mozo un abrazo.

D. JUAN ¡Madre! (Corriendo hacia ella.)

JUAN Don Juan de Velázquez.
Su mal sino nos lo ha dado.

CLAV. ¡Hijo! (Abrazándole.)

D. JUAN La desgracia, madre.
el sino traidor, infausto,
me hace recobrar mi madre
cuando perdido me hallo.

CLAV. ¿No eres feliz?

D. JUAN Ni es posible
serlo ya.

JUAN Vamos al grano.
Dejarse ya de coloquios
y á lo que interesa vamos.
(Da un silbido y aparece el Ciervo á la puerta.)

CIER. ¿Qué quieres?

JUAN Que vengan todos.

CIER. Voy.

JUAN Pronto, cayó trabajo.

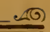
ESCENA XIV

LOS MISMOS, EL CIERVO y CUATRO NIÑOS DE ECIJA.

JUAN De la partida uno ha muerto.
CIER. Lo mató el señor.
JUAN Lo sé,
mas yo le perdono.
CIER. ¿Y qué?
En mandando tú...
JUAN Es lo cierto.
Pues bien, sentada su baza
tiene ese hombre de valiente;
quiere ser de nuestra gente
y va á cubrir esa plaza.
¿Se opone alguno?
CIER. De modo
que por nosotros...
JUAN Lo sé.
A otra cosa; su mercé
nos ofrece un acomodo.
¿Sereis capaz de seguir
una gran empresa?
CIER. Esa es
pregunta excusada, pues
mandando tú, hasta morir.
JUAN Al ver que no nos movemos
la gente ya nos murmura,
y hay también quien asegura
que ya muy poco valemos.
Nuestro nombre ya no asusta;
para mí que soy muy hombre
al ver que humillan mi nombre
me fastidia y me disgusta.
Hagamos una que deje
nuestra fama á buena altura,
que muestre nuestra bravura,
y quéjese quien se queje.
Usted, madre, á preparar; (A Clavellina.)
tú, á cambiar ese ropaje; (A don Juan.)
para emprender el viaje
los caballos á ensillar. (Al Ciervo.)

CIER. ¿Dónde vamos?
JUAN A Sevilla.
CIER. ¿Dentro del pueblo?
JUAN Que sí.
CIER. ¿Hay mucha moneda?
JUAN Allí
lo veremos, si es que brilla.
No hay que pararse, á correr,
sépase lo que valemos,
en Sevilla nos veremos
mañana al anochecer.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La mansión del crimen

Sala lujosamente amueblada. Velador en el centro izquierda, y sobre el mismo, candelabro con luces. Puertas al foro y á la izquierda y balcón á la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

LUISA y DOLORES

DOL. Pero, ¿es cierto, señorita?
LUISA Sí, me ha escrito.
DOL. Y esta noche...
¿La noche de nuestras bodas?
LUISA Es necesario, Dolores.
La tiranía de un padre
á esta decisión me expone,
que amo á don Juan con el alma
y no puedo amar al Conde.
Si á éste me dan por esposo,
si en ello no estoy conforme,
si evitarlo no es posible
porque mi padre es de bronce,
no me queda otro remedio
que arrastrar por todo.
DOL. Entonces
don Juan vendrá...

LUISA Sí, vendrá.
El plan es este. Suponte
que viniendo, no es posible
retroceder. Si esta noche
no partiera con don Juan,
fueran sus celos atroces,
y un celoso es mas temible
que es temible airado el hombre.
Cuento contigo.
DOL. ¡Pues vaya!
Bien sabe usted que mis dotes
son callar y obedecerla.
LUISA Pues bien; en dando las doce
don Juan hará una señal,
tú con otra correspondes;
echará una escala; tú
desde el balcón la recoges;
la sujetas bien; él sube,
y en mi habitación se esconde
Concluida la ceremonia,
mi padre hará los honores
de la casa; yo, entraré
en mi cuarto...
DOL. Pero, entonces...
LUISA ¿Qué quieres decir?
DOL. Vendrá
también con usted el Conde...
LUISA No vendrá; le detendré.
DOL. ¿Y si viniese?
LUISA Dolores,
tengo las cosas dispuestas
de modo...
DOL. No se malogre
el plan...
LUISA Descuida.
DOL. Descuido.
LUISA Ahora al Marqués dí que estoy
ya dispuesta á recibirle.
DOL. ¿Habrá sermón?...
LUISA Quizás...
DOL. Vóime.
Quiera Dios, doña Luisa,
que vuestro deseo se logre.

Pero, me ocurre una idea;
que don Juan anduvo torpe,
porque si el plan es que usted
con él se vaya esta noche,
debió de hacerlo temprano
y no esperar á las doce.
A esa hora estará usted
ya casada con el Conde,
y sacar de esa manera
á una casada...

LUISA Me expones
á que te explique... Mas, calla.
Mi padre viene .. Dolores,
por Dios...

DOL. Pierda usted cuidado
por mí. Ya llega. Vóime. (Vase.)

ESCENA II

LUISA y EL MARQUÉS.

MARQ. Feliz me siento, hija mía,
al ver que llega el momento
de tu feliz casamiento,
porque tu dicha es la mía.
Bella estás.

LUISA ¡Padre!...

MARQ. Obediente
al mandato de tu padre,
desde los cielos tu madre
te bendecirá clemente.
¿Lloras? ¿Por qué?

LUISA Padre, lloro,
porque mi desdicha es tanta,
que ya la vida me espanta.

MARQ. Cuando tu obediencia imploro,
ese llanto ni te abona,
ni ya compasión me inspira;
cuando la razón delira,
al demente se abandona.
Pensaba que de otra suerte,
Luisa, te encontraría,

cuando ha llegado este día,
y por eso vine á verte.
Está bien, pronto llegar
debe el Conde; mas te advierto,
que el notar tu desconcierto
mucho te puede costar.
Por un loco devaneo
te he tenido encarcelada
seis meses; no sirvió nada
á conseguir mi deseo.
Que tú, sin reflexionar
el porvenir que te espera,
traspasaste la barrera
queriendo mi honor manchar.
El honor que te entregué
y á que no has correspondido.

LUISA Yo, padre, he obedecido.

MARQ. No es bastante.

LUISA Y bien, ¿por qué?
Porque obedezco llorando,
porque el corazón no miente,
porque mi pecho presiente
un sino triste, nefando;
porque, cuando adoro ciega
y mi dicha está en mi amor,
pido á mi padre favor
y mi padre me lo niega;
porque amo con frenesí
a quien fuera mi alegría,
porque pierdo en solo un día
la ilusión porque viví.
Fuera profanar mi fe,
fuera profanar mi honra
si fingiera con deshonra
lo que nunca sentiré.

MARQ. Escúchame, pues lo quieres,
y á ello me obliga tu empeño.
El hombre siempre no es dueño
de dar gusto á las mujeres
Yo ví mi fortuna un día
desmembrarse de tal modo,
y arrojado por el lodo
todo cuanto poseía.

Empeñado mi caudal,
enteramente arruinado,
estaba desesperado
y hubiera acabado mal,
si un hombre que lo observára
su protección no me diera,
sin que nada me exigiera
que entonces me deshonrara;
y salvándome del mal,
ya sin esperanza alguna,
sacrificó su fortuna
y me entregó su caudal.
Ya todo arreglado, un día
contigo yo caminaba,
y tras mi coche llevaba
todo cuanto poseía.
Segunda vez me arruinaron,
tú lo sabes; atrevidos
llegaron unos bandidos
y todo me lo robaron.

LUISA Aquel día...

MARQ. La razón.
se me extravía al pensar...
También supieron robar
tu amor ó tu corazón.
Llegué á Sevilla, y el hombre
que mi desgracia amparó,
me requería á que yo
crédito diera á mi nombre.
Su dinero reclamaba
pues el plazo era vencido;
estaba otra vez perdido,
si él á esperar se negaba.
Le ví y le hablé de mi mal,
y generoso se explica;
segunda vez sacrifica
en mi favor su caudal.
Mas con una condición
conque destrozó mi alma,
que me hizo perder la calma,
que enloqueció mi razón.
Dijo, en acento tirano,
que en cambio de su favor

le otorgara yo un honor
concediéndole tu mano.
Que de no hacerlo, obraría
contra mí, y con tal denuedo
habló, que le tuve miedo
¡y accedí á lo que pedía!

LUISA. Eso es horrible, y responde
de mi odio. Es una deshonra ..

MARQ. ¿Qué hacer, hija? Por mi honra
le entregué tu mano al Conde.

LUISA. Pero es que otro amor sentía
mi pecho, y era locura...

MARQ. Al hacerlo, tu ventura
también labraba, hija mía.
Te daba riqueza, nombre...

LUISA. ¿Y por riqueza, en tirano
se convirtió un padre humano?...
Está bien. Lléveme ese hombre
al altar; allí al honor
juraré fidelidad,
mas al darle mi amistad,
jamás le daré mi amor.
Vendida al orgullo ciego,
al realizarse esta boda,
que al orgullo se acomoda,
será una boda de juego.

MARQ. Tu reflexión..

LUISA. Es en vano.
Vamos, pues, porque le cuadre,
pero no obedezco al padre,
solo obedezco al tirano.

MARQ. ¡Hija!

LUISA. Hablar es excusado;
nos esperan...

MARQ. Considera...

LUISA. Vamos, padre; nos espera
el hombre que me ha comprado.

MARQ. ¡Oh! tú te convencerás,
y meditando con calma,
en el fondo de tu alma
quizás me bendecirás.
(Vase. Suenan las doce en un reloj cercano.)

ESCENA III

DOLORES, sola

Se fueron. Todo está listo,
y al llegar la señorita
le echará las bendiciones
el cura allá en la capilla.
¿Y el otro? ¡Pobre don Juan!
Cuando viene por la niña
se la encontrará casada...
pero, es claro; esto se explica.
En un convento encerrada
ha estado la señorita
hace seis meses, porque
á esta boda se oponía;
y el Marqués, que no es un tonto,
al comprender que su hija
estaba resuelta á todo,
la ha tenido allí escondida
hasta esta tarde, en que ya
todo dispuesto tenía
para entregarla á ese Conde
que me da tan mala espina.
Y es claro; ¿cómo es posible
que anduvieran tan de prisa,
que acabada de llegar
del convento?... No, y la niña
está resuelta... Pues yo,
estoy dispuesta á seguirla,
porque es seguro que luego
se mostrará agradecida.
¿Y el Conde? ¡Vaya, y qué chasco!
Cuando venga ese estantigua
por su mujer, encontrarse
con la habitación vacía...
(Suenan tres palmadas.)
Pero, ¿qué escucho? Han sonado
tres palmadas. Es la cita.
(Se aproxima al balcón y da también tres palmadas.)
¡Dios no la depare buena!
Si salimos de esta intriga,

yo ganaré buenos cuartos
y ella ganará su dicha.
Apagaremos las luces. (Lo ejecuta.)
La escala...
(Va al balcón, recoge una escala que han tirado y la sujeta.)
Suben.
(Se queda junto al balcón, hasta que por el mismo sube don Juan.)

ESCENA IV

DOLORES y DON JUAN

D. JUAN Luisa...
DOL. Silencio
D. JUAN Esta voz...
DOL. No es
la voz de la señorita.
D. JUAN Pero tú...
DOL. Yo soy doncella...
D. JUAN Doncella...
DOL. Sí, de la niña.
D. JUAN ¿Y ella?...
DOL. San Pedro y San Pablo
están en su compañia
en este momento.
D. JUAN ¡Cielos!
Yo no temblé en mi vida;
ahora me estremezco, y dudo
acaso hasta de Luisa.
DOL. Pues no dude usted, don Juan,
porque ella está decidida.
D. JUAN No veo nada.
DOL. No le hace.
Me dijo la señorita
que usted se ocultara...
D. JUAN ¿Dónde?
DOL. En su cuarto.
D. JUAN ¿Y quién atina?...
DOL. No hay más puerta que la suya
y la que da á la salida

de esta habitación. Por esa
ha de entrar ella...

D. JUAN — Pues, guía...

DOL. — Pero qué, ¿usted viene solo?

D. JUAN — ¿Qué te importa?

DOL. — A mí...

D. JUAN — ¿Luisa
te ha informado?

DOL. — Sí, señor.

D. JUAN — Pues bien; vengo en compañía
de otros hombres...

DOL. — Y esos hombres...

D. JUAN — Han de entrar, si me auxilia
un criado, á quién debió
de ganar tu señorita.

DOL. — Ya comprendo. ¿Pero esos
no intentarán la subida
por la escala?

D. JUAN — No conviene.
Mientras me llevo á Luisa,
ellos allá en el jardín
presentarán la batida
para llamar la atención.

DOL. — ¡Qué miedo!

D. JUAN — Silencio. Guía
á la habitación.

DOL. — Sí, sí.
Venga usted...

D. JUAN — Cállate. Mira
por el balcón...

DOL. — Sube un hombre...

(Dice estas palabras después de haber visto á Juan Palomo, que sube y entra por el balcón.)

ESCENA V

LOS MISMOS y JUAN PALOMO

D. JUAN — ¡Juan!

JUAN — Yo soy.

D. JUAN — La gente...

JUAN — Lista.

Entraron por el jardín.
Yo, por si riesgo corrías
vine por aquí...

D. JUAN Está todo
al corriente. Ya Luisa
lo dispuso.

JUAN Pues entonces,
al jardín me vuelvo.

D. JUAN Cuida
de que la gente, imprudencias
no cometa. A mi salida,
ustedes...

JUAN Ya te comprendo;
la noche no está malilla.
Yo te prometo que haremos
un negocio por partida
doble... Conque... Ya me voy.
Hasta luego.

D. JUAN ¡Qué agonía!

(Dolores toma de la mano á don Juan, y lo va conduciendo poco á poco á la puerta de la izquierda. Juan Palomo se va hacia el balcón y dice ya en la puerta:)

JUAN (¡Que yo amando á una mujer
ayude al que me la quita!
En fin, á tu oficio, Juan;
déjate de tonterías;
que sean felices ellos
aunque tú pases fatigas.) (Vase.)

DOL. Por aquí...

D. JUAN Si en bien salimos
no te pesará, á fe mía. (Entra.)

DOL. Estoy temblando Ya está
el ratón en la guarida.
Yo por aquí me escabullo.
Si se descubre la intriga,
entonces, no sé que va
á ser de mí. ¡Dios me asista! (Vase.)

(Después que se marcha Dolores entra por el foro un criado con luces, y las coloca en el velador, llevándose el candelabro que se halla sobre el mismo. Un momento de pausa. Después entra el Marqués, trayendo de la mano á Luisa.)

ESCENA VI

EL MARQUÉS y LUISA

MARQ. Resignación, hija mía;
la suerte así lo ha ordenado.
Ya las lágrimas, tan solo
rienda á tus pesares dando,
harán tu desgracia.

LUISA ¡Padre! (Llorando.)

MARQ. Cumpliendo un deber sagrado,
á la habitación nupcial
te he venido acompañando.
Te dejo, pues; á otro hombre
entrego lo que más amo;
pero te dejo mi honra,
te dejo un deber sagrado
que cumplir; que el nombre mío
siempre se conserve intacto.
Ven; no me niegues, Luisa,
de despedida un abrazo,
repara que te lo pide
tu padre, que es muy anciano...
(Luisa, acongojada, abraza á su padre. Este la besa en la frente, y sale con lentitud.)

ESCENA VII

LUISA, á poco DON JUAN

LUISA ¡Se fué! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?
Mas, ¿qué importa si lo amo?
(Llega á la puerta, después de cerrar la del fondo, y llama.)
¡Don Juan!

D. JUAN ¡Luisa! ¡Bien mío!
¿Estoy despierto ó soñando?

LUISA Yo tiemblo.

D. JUAN De amor también,
cuando te miro, he temblado.
Mas no hay tiempo que perder.

LUISA ¡Oh, Dios mío!
D. JUAN ¿Dudas? Vamos.
Si nos sorprenden...
LUISA Don Juan...
Amo á mi padre ..
D. JUAN ¿Al tirano
que arrebata nuestra dicha?
LUISA Pero... es mi padre...
D. JUAN Excusado
pretexto. Eso es, Luisa,
que te arrepientes, que cuando
loco de amor he venido
hasta la vida arriesgando,
destruyes mis ilusiones...
Pues bien. Adiós.
LUISA No, no, vamos.
Primero mi amor que nada;
mi voluntad es mi fallo.
D. JUAN Pues entonces, amor mío,
aquí el tiempo no perdamos.
LUISA Sí, que va á llegar el Conde.
D. JUAN Luisa, valor.
LUISA Te amo tanto
que si valor no tuviera
mi amor me haría encontrarlo.
D. JUAN Estas luces... (Las apaga.)
No conviene
la claridad. Ven. Tu mano...
LUISA ¡Dios mío, perdóname
por este amor desgraciado!
(Llegan al balcón y desaparecen por la escala.)

ESCENA VIII

DOLORES, sola

¡Qué oscuridad! ¿Se habrán ido?
Don Juan no está ya en el cuarto.
¿Pero tan pronto? ¡Imposible!
(Suenan algunos disparos.)
¡Jesús! ¡Perdidos estamos!

Al huir los han cogido,
y ahora yo...
(Suenan gritos y ruído interiormente y la voz del Marqués.)

MARQ. (Dentro) ¡Luces!

DOL. El amo.

(Se abre la puerta del fondo. Sale el Marqués)

ESCENA IX

DOLORES y el MARQUÉS

MARQ. Aquí luces. (Entra un criado con luces.)
¡Me han vendido!
¡Luisa!
(Llamándola y reconociendo la habitación de la izquierda.)
No está en su cuarto.
¿Qué haces aquí? (Reparando en Dolores.)

DOL. Yo... señor... (Cortada.)

MARQ. ¡Luisa! ¡Me la han robado!
¿Tú sabes?...

DOL. ¿Yo? ..

MARQ. ¡Han muerto al Conde!
Esto ha sido de antemano
dispuesto.

ESCENA X

LOS MISMOS, JUAN PALOMO, el CIERVO y cuatro NIÑOS DE ÉCIJA

JUAN Ya los de fuera
están bien asegurados.
Vamos con estos.
(Dos de ellos cogen á Dolores y le ponen un pañuelo en la boca, le atan los brazos y la dejan caer al suelo.)

DOL. ¡Dios mío!

MARQ. ¡Oh, son bandidos!

JUAN Es claro;
bandidos que roban oro,
que exponen la vida en cambio,

mas que no venden sus hijos
por el oro codiciado.

MARQ. ¡Oh! ¿Tú?...

JUAN Yo soy Juan Palomo,
y ahora de esta casa el amo.

MARQ. Pero, mi hija...

JUAN Tu hija
la habrá llevado mi hermano
donde no vea más á un padre
que con ella ha comerciado.

MARQ. ¿Tu hermano?

JUAN Don Juan Velázquez,
el muchacho más gallardo
que pisa la Andalucía.
Amando á la niña, es claro,
y ella á él, ¿cómo es posible
que aguantaran el chubasco
conque usted los rociaba?

MARQ. ¡Oh! Me he de vengar...

JUAN No es caso.
Don Juan se lleva á la niña,
y yo...

MARQ. ¿Qué intentas?

JUAN No estamos
ahora para explicaciones.
Ea, muchachos, amarrarlo.

MARQ. ¿A mí? ¡Infames! (Lo van á amarrar.)

JUAN Poco á poco
con la lengua y vamos claros.
Si usted se resiste, sigue
la suerte del Conde, ¿estamos?,
que por charlar lo tendí
á mis pies de un trabucazo.
Era justo: de ese modo
Luisa es viuda y mi hermano
podrá casarse con ella.

MARQ. ¡Me ahoga la cólera!

JUAN Vamos,
(A los suyos que amarran al Marqués.)
que falta el tiempo. Al avío.
A callar, si no...

MARQ. ¡Menguados!
¡Mi hija entre bandidos!...

JUAN Sí,
y de los que con nombrarlos
solamente tiembla el orbe.
Yo Juan Palomo me llamo,
y de los Niños de Ecija
el capitán más bizarro.
A limpiar vamos la casa
ya que sucia la encontramos.
Si usted da voces, entonces
ni quien es ya respetando,
de los seis, uno cualquiera
lo mata de un trabucazo.
Conque á callar y á sentir,
que ahora quien manda es el amo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La traición

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

CLAVELLINA, el GREÑUDO, el CIERVO y cuatro NIÑOS DE ÉCIJA

CLAV. ¿Está usted cierto, tío Lucas?
GRE. ¡Y vaya si es cosa cierta!
Lo miré con estos ojos
que se ha de comer la tierra.
CIER. Pero, ¿no conoció usted?...
GRE. Yo engañarme no quisiera,
pero lo que es uno de ellos
no cabe duda que era
una persona de rango
que yo he visto en esta sierra
hace algunos días.
CLAV. ¡Cielos!
GRE. ¿Qué tienes?
CLAV. Una sospecha.
CIER. Pues como yo los enristre,
mi trabuco dará cuenta,
no digo yo de dos hombres,
pero de veinte que fueran.

CLAV. ¿Y Juan?
CIER. Juan salió esta tarde
con su hermano. A Juan, la pena
le está ahogando, sin que nadie
del caso la causa sepa.
Me parece, Clavellina,
que Juan no está para fiestas;
que se encuentra arrepentido
de seguir la vida esta,
y que ya no la ha dejado
por temor de que se sepa
y se diga por la gente
que Juan por miedo la deja.
CLAV. Dices bien, Juan sufre mucho;
la desgracia le rodea;
anda en esta vida, pues
le precisa andar en ella,
porque el destino es adverso
y el destino se lo ordena.
Pero dejemos ahora
todo lo que Juan padezca,
y vamos á lo que importa.
GRE. Vamos á lo que interesa.
CLAV. Juan anda por esos montes
con su hermano; es imprudencia
que anden solos; los dos hombres
de que el tío Lucas da señas,
al ver que se ocultan, claro
es que planes alimentan.
Temo una traición...
CIER. Pues bien;
dinos qué hacemos.
CLAV. Es fuerza
de que salgais en su busca.
CIER. Muchachos, vamos á ella,
que á falta del capitán,
aquí quien nos manda es esta.
CLAV. Vayan ustedes.
CIER. Andando.
CLAV. Que no ignore la ocurrencia.
E-os dos hombres me inspiran
gran temor. (Vanse el Ciervo y los Niños.)
GRE. Y á mí, ¡canela!

Tienen los dos mala facha
para que vengan de buenas.

CLAV. Usted, tío Lucas, también
es menester que comprenda
que necesito su ayuda.
Una mujer nos espera
dentro de la casa.

GRE. Sí
¡Y qué señora más buena!

CLAV. Usted y María deben
dedicarse sólo á ella.
Esa joven es mi hija;
de esa joven es adversa
también la suerte, que aquí
cada cual tiene sus penas.
Yo, entretanto, esperaré
vigilando...

GRE. Norabuena.
La noche promete. Es claro,
donde están los Niños de Ecija
no se gana para sustos;
y en fin, ellos siempre pescan,
mas yo que no pesco nada...

CLAV. Tío Lucas...

GRE. No, no te ofendas;
pero te aseguro, hija,
que sólo por Juan hiciera
yo lo que hago, con riesgo
del pellejo y de mi hacienda.
Voy á cuidar con mi hija
de la señora, no sea... (*Vase.*)

ESCENA II

CLAVELLINA sola

Esos dos hombres... No hay duda,
uno de ellos debe ser...
¡Infame! Quiere en su sangre
echar un baldón también.
Todo lo espero, sí, sí,
todo lo espero de él;

de él, que burlando el amor
de una inocente mujer
la abandonó, siendo madre
de dos hijos... Pero, ¿qué es
lo que intenta? ¡Oh! Yo le juro
que habré de vengarme, y bien.
¿Vendrá? Si viene, es preciso
darme de él á conocer.
Le echaré en cara sus crímenes,
de su maldad le hablaré,
le diré que son sus hijos...
¡Mísera de mí! La hiel
de su ambición no conoce
nada más que el interés.
Creí sentir pasos. ¿Será...?
Sin duda. Me ocultaré.

(Se oculta tras de la puerta de la casa. Aparecen por la puerta del fondo don Justo y Contramar Examinan la escena, y después de quedar satisfechos de que no hay nadie, entran.)

ESCENA III

DON JUSTO, CONTRAMAR, CLAVELINA oculta

JUSTO — No hay nadie.
CONT. — Se fueron..
JUSTO — Sí;
preciso es obrar con tino.
CONT. — La gente está en el camino.
JUSTO — ¿Tú crees?
CONT. — Ellos hacia aquí
han de dirigirse.
JUSTO — Bueno,
y entonces...
CONT. — No hay cuidado.
JUSTO — Mira que Juan es osado.
El, más que tú, este terreno
conoce. .
CONT. — ¿Qué importa al caso?
Escondida en la maleza
mi gente...

JUSTO Si de esta empresa
sales bien...
CONT. Le corto el paso;
y cuando más descuidado
y más seguro se crea,
un regalo de grajea
le habrá mi gente soltado.
JUSTO Muerto el capitán...
Sí, sí:
sin su muerte nada hacemos;
con su muerte te pondremos
al frente de todo á ti.
Tú sabes que en su osadía,
mi vanidad ultrajando,
se ha estado de mí burlando;
que, merced á cierto espía,
hé llegado á averiguar
que no es fiel á nuestra gente,
y que trata diligente
esta vida abandonar;
que para hacerlo se afana
en robar, sin darnos cuenta,
que la Junta se impacienta
porque gasta y nada gana;
que se ha acabado el dinero,
que estamos somprometidos,
que esos hombres decididos
á seguir el buen sendero,
por conseguir el indulto
en nada habrán de apurarse,
después de redondearse,
con un negocio de bulto.
Y que nos descubrirán,
y por nuestro sino horrible,
en un proceso terrible
también nos envolverán;
que es forzoso fin poner
á esta grave situación,
y esta noche es la ocasión
de acabar de resolver.
CONT. Usted bien sabe que yo
odio á Juan...
JUSTO Lo sé.

CONT. Usted sabe
que estoy resuelto á que acabe
de ser capitán...

JUSTO Mas no
hay que fiarse...

CONT. No tema,
que le aborrezco de muerte,
y yo buscaré la suerte
de matarlo sin pamema.
Esta noche es la ocasión,
el sino me lo depara;
si no puedo cara á cara,
yo le mataré á traición.

JUSTO Bien; así en su desvarío
me retó: mas no sabía
que soy capaz... No temía
mi venganza en su extravío.
Yo, que, á fuerza de constancia
le coloqué en esa altura,
pagándole con usura
su desmentida arrogancia.
Yo, que fundé su fortuna,
que le protejí; si muere,
si el brazo tuyo le hiere,
no tiene disculpa alguna.
Escucha; días hace ya
que estuve aquí: le previne
mi disgusto, y reconvine:
pues más de seis meses ha
que nada á la Junta envía:
y sin disculparse en nada,
con mucha fanfarronada
me dijo que no temía.
Me ofreció, mas no ha cumplido;
pues yo sé, y no es maravilla,
que ha tres noches en Sevilla
un trabajo han concluído.
El con dinero y yo no;
yo que ambiciono riqueza...
Caiga, caiga su cabeza,
que no le vea vivo yo.
Vamos, pues, dispón el plan,
y si me lo entregas muerto,

desde mañana, es lo cierto,
que tú serás capitán.

CONT. El ha de venir aquí
con su gente. .

JUSTO Así lo espero...

CONT. Ya tardan, á lo que infiero...

JUSTO Bueno. Ustedes por ahí
ocultos...

CONT. Dejamos que él
entre; y viéndose seguro,
se recoge sin apuro.
A mi segundo, que es fiel,
le echo con los míos; luego
que hayan cercado el cortijo,
yo...

JUSTO ¿Qué harás?

CONT. ¿Qué haré? De fijo,
poner al cortijo fuego.

JUSTO Bien.

CONT. Si se pueden salvar
de las llamas...

JUSTO ¿Qué harás? Habla.

CONT. Atizarle á rajatabla
con la sorpresa...

JUSTO Escapar
podrá, y si escapa, ¡ay de tí!
y ¡ay de todos!...

CONT. No haya miedo;
le mataré. Más no puedo
hacer...

JUSTO Matarlo; sí, sí.
Vamos, reconoce.

CONT. (Reconociendo la salida.) Está.

JUSTO Me vengarás de esa fiera
y la recompensa espera
que la Junta te dará.
(Vanse por el fondo.)

ESCENA IV

CLAVELLINA, sola

¡Matarlo! Sí, sí... eso dijo...
¡Y lo escuchaba su madre!...
¡Y ese es su padre... Su padre,
que quiere matar su hijo! ..
¡Oh! Corramos... ¿Para qué?
Por esa montaña oscura,
no hay una senda segura
para mí... No le hallaré.
Pero ¿y si viene? ¿Y si acaso
antes de entrar?... ¡Qué agonía!
¡Oh! no, la Virgen María
le evitará este fracaso.
¿Qué hacer en esta ansiedad?
Quedarme aquí no es prudente.
que si les sale esa gente...
¡Dios mío! ¿Es esto verdad?
¡Mi Juan morir! ¡Oh! ¡Qué espanto!
y lo mata... ¡Parricida!
¡Oh! No arrebateis la vida
al hijo que quiero tanto.
Corro... Mas ¿dónde? A buscarlo;
á decirle... Soy tu madre;
tienes un padre, y un padre
que puedes muy bien matarlo,
porque él está en tu camino
y trata... No puede ser;
la Virgen no ha de querer.
que el padre sea su asesino.
Voy; le diré lo que pasa,
le encontraré, yo confio
en el Dios que me da brío
y prodiga el bien sin tasa.
¿Tío Lucas? (Llamando.)

ESCENA V

CLAVELLINA y EL GREÑUDO

GRE. ¿Qué se te ofrece?
CLAV. Espere usté á Juan aquí;
dígale usted...
GRE. Habla; dí.
CLAV. Dígale usted que parece
si un milagro no hace Dios;
que hay gente apostada...
GRE. ¡Vaya! ..
CLAV. Estése usted de atalaya...
GRE. En cuanto yo ví á los dos
mosquitos, lo sospeché.
Pero tú...
CLAV. Voy á buscarlo.
GRE. ¿Te atreves?...
CLAV. Van á matarlo.
GRE. ¡Ay, Dios mío! Corre, vé. (Vase Clavellina.)

ESCENA VI

EL GREÑUDO solo

¡Ahora sí que va á ser ella!
¡Pues señor, estamos frescos!
No se pasa un solo día
que no tenga uno tropiezo.
¿Y hay quien le gusta esta vida?
Ellos no tienen dinero,
casa, ni hogar, ni familia,
ni libertad, ni consuelo:
en cambio roban y matan,
no sé para qué. El misterio
que aquí se encierra, es muy grande,
y yo casi lo sospecho.
En las cosas de los Niños
de Ecija, hay gatuperio.
Ellos no son lo que son;
algo se oculta tras ellos,

por más que digan. En fin,
lo que es yo, no sufro esto.
En cuanto pueda, me voy
y en Sevilla me establezco,
que estar sirviendo á ladrones
por fuerza, no viene á cuento:
y luego estos sustos .. Vamos,
que yo no soy para esto.
Mucho tardan; y es que á mí
me va ya picando el sueño...
¡aaah!... (Bostezando.) Me voy á sentar
y esperaré... Yo no entiendo (Sentándose.)
estas cosas... ¡Aaah!... ¡Qué pesado!
Es tarde ya... Se va el tiempo
como nada... ¡Aaah!... Por fin...
Yo... Juan... Clavellina... Ellos ..
(Se queda dormido.)

ESCENA VII

EL GREÑUDO, dormido; JUAN PALOMO, DON JUAN

JUAN — Te digo, Juan, que eso es
ilusión...

D. JUAN — Puede que sea.,.
Mas me pareció...

JUAN — Sin duda
algún lobo entre la yerba
oculto, te hizo creer
otra cosa. Por la sierra
no penetra nadie, y menos
de noche. Sin duda era...

D. JUAN — ¡Qué sé yo!...

JUAN — Tú estás soñando.

D. JUAN — Es verdad que sueño...

JUAN — Deja
ya los recelos. ¿Qué temes?
¿No estás al lado de ella?

D. JUAN — Juan, sí, pero, ¿cómo estoy?
¿Tú comprendes que yo pueda
vivir tranquilo?

JUAN — Ya sé,

Juan; y, ¿qué quieres? Espera.
Ya te he dicho que esta vida
va á terminar.

D. JUAN — Aunque sea;
¿á dónde iré que no lleve
lleno el corazón de pena?
Tengo á Luisa, es verdad;
á Luisa, que es tan bella;
pero este amor que mi pecho
con entusiasmo alimenta,
es un amor criminal
que estremece mi conciencia.

JUAN — Déjate de tonterías;
cuando tanto te ama ella,
ni debes temer, ni haces
bien pensando en lo que piensas.
A seguir el plan; ya sabes
lo que hemos de hacer; siquiera
que pidamos el indulto
cuando tengamos riqueza.
Lo que al Marqués le robamos
todo es tuyo, que no intenta
mi afan despojar al padre
de la que es fiel compañera
de mi hermano; ya con eso...
podreis marchar de esta tierra
á Francia, ó á Portugal,
hasta que la suerte quiera
que de otro modo... Mas calla;
el Greñudo aquí se encuentra.
(Reparando en él.)

D. JUAN — Cierto.

JUAN — Tío Lucas. (Llamándolo.) Está
dormido como una piedra.

D. JUAN — ¿Y la gente?

JUAN — Habrá salido
á recorrer por la sierra
como de costumbre. Estás
cansado; no te detengas:
vete á descansar.

D. JUAN — ¿Y tú?

JUAN — Yo esperaré.

D. JUAN — Si supieras

cuánto temo cuando no
estoy á tu lado...

JUAN Deja,
que yo estoy acostumbrado
á todas estas faenas.
Vé, y goza de tus amores,
y, ojala que yo pudiera
hacer lo mismo.

D. JUAN Voy, pues,
á ver á Luisa.

JUAN Yo mientras.
que no llega aquí la gente
y arreglamos esa tela
de mañana, no es posible
que de este sitio me mueva. (Vase D. Juan.)

ESCENA VIII

JUAN PALOMO solo, y EL GREÑUDO

Dicen que el hombre no siente
cuando se entrega á esta vida,
y yo tengo el alma herida
por un amor imprudente.
Contenerme no es posible,
y en mi amor, que es un arcano,
tengo celos de mi hermano
y celos de un imposible.
El tenerlos á mi lado
me atormenta de tal modo,
que hasta de mí me incomodo...
¿Mas, qué hacer? Dios lo ha mandado,
Dios, que al ver mi proceder
criminal, no me mitiga,
y mis crímenes castiga
trayéndome á esa mujer.
Pero si ellos se aman tanto...
Vamos, al verla tan bella,
para estar al lado de ella
es menester ser un santo.
Vamos viviendo y sufriendo,
vamos sufriendo y callando,

aunque á un imposible amando,
esto es un vivir muriendo.
Es tarde y la gente mía
no llega.. ¿Habrá algo pasado?
¡Qué vivir más agitado!
¡Qué suerte el cielo me envía!
Nada... no se vé... Quizás
por el monte extraviada
andará la gente. Nada
por hoy ocurrir podrá.
Desde el lance de Sevilla
está la tropa medrosa,
y no persigue gran cosa
por miedo á nuestra cuadrilla.
Esperemos Si el convoy
consigo atrapar con suerte,
si escapo allí de la muerte...
Vivamos así por hoy.
(Llega María precipitadamente, y queda cortada la encontrarse con Juan Palomo.)

ESCENA IX

JUAN PALOMO, EL GREÑUDO y MARIA

MARIA ¡Ay!
JUAN ¿Quién?
MARÍA Yo soy... buscaba. .
Busco á mi padre...
JUAN ¿Y te asustas, María,
al encontrarme?
MARÍA Yo..
JUAN De seguro.
¿Tan malo te parezco
que así te asusto?
MARÍA ¡Malo!...
JUAN Malo, María.
Tú eres muchacha;
las muchachas se asustan
de nuestras caras.
Somos bandidos...

MARÍA ¡Ay!
JUAN Me causan enojos
esos suspiros.
MARÍA ¿Por qué?
JUAN Porque yo sólo
me figuraba,
que desahogaba el pecho
si suspiraba.
Tú eres tan niña
que en un pecho tan puro
penas son dichas.
MARÍA Quizás no.
JUAN ¿Sufres?
MARÍA Vóime,
que esta mi padre...
JUAN No te vayas, escucha.
MARÍA ¿Va usté á burlarse?...
JUAN ¿Burlarme, dices?
¿Yo, que penando vivo?...
No, no es posible.
La vida del bandido,
¡qué triste vida!
MARIA Dejarla.
JUAN ¡Quién pudiera!
MARÍA Si es que fastidia...
Mas no tan mala
será, cuando la sigue
quien de ella habla.
Porque, usted...
JUAN Del bandido
triste es la suerte;
siempre busca la vida
dó está la muerte.
Son sus derechos:
el vivir en el mundo
solo, y muriendo.
Si el corazón se arrulla
de un amor tierno,
el bandido no puede
pensar en ello.
Libres son todos:
libertad del bandido,
morirse solo.

MARÍA Lo mismo la que nace
como la rosa,
en medio de la sierra,
morirse sola.

JUAN Mas tú no penas,
porque á tu edad, María,
todo es quimera.

MARÍA ¡A mi edad!..

JUAN Abre el pecho
si es que padeces;
cuenta á quien mucho sufre
tus padeceres.

MARÍA Es ya muy tarde...

JUAN No importa.

MARÍA Está muy cerca
de mí, mi padre.

JUAN El que vive en tristeza
consuela al triste;
puede que tus pesares
yo los mitigue.

MARÍA Amo...

JUAN ¡Tú amas!
¡Tan niña! Ya me explico
yo tu desgracia.
¿Amas quizá á alguno
que no te quiere?

MARÍA Tal vez...

JUAN ¡Pobre María!
¡Qué igual mi suerte!

MARIA ¿Cómo?

JUAN No es caso;
los imposibles, niña,
no hay que contarlos.
Pero tú eres tan pura
cual la mañana:
¿quién, si tú lo quisieres,
no te adorara?
Tú eres la dicha;
dime quién es la causa
de tus fatigas.

MARÍA No puedo ..

JUAN Con franqueza.

MARÍA Lo ignoro.

JUAN (¡Calla!)
¿Seré yo de sus penas
quizás la causa?)

MARÍA Yo no le he dicho...

JUAN ¿Y está lejos?...

MARÍA Muy cerca

JUAN (Claro; es conmigo.
Y la muchacha es bella
como la rosa.
¿Si amándola pudiera
dejar la otra?
No; ¡pobre niña!
Dejar que en la esperanza
siquiera viva.)
Pero, él otros amores...

MARÍA Triste le veo.

JUAN Quizás también te ame,
pero en silencio.

MARIA (¡Oh! ¡Qué esperanza!)

JUAN (¡Quién pudiera quererla,
para adorarla!)
(Suenan disparos de armas de fuego)
¿Qué es eso? (Se oye la voz de Clavellina dentro.)

CLAV. ¡Favor! ¡Socorro!

MARÍA ¡Jesús!

JUAN Esa voz... ¡Dios mío!
¡Mi trabuco! (Tomándolo.)

GRE. (Despertando.) ¡Qué! ¿Qué es eso?

JUAN Que algo nuevo ha sucedido.

GRE. ¡Ay, Juan! En qué mala hora
me dormí, que no te he dicho...

JUAN ¿Qué pasa?

GRE. Corre; tu madre
está sin duda en peligro.
Salió por tí, y me encargó
te dijera...

JUAN ¡Me han vendido!
¡Juan! Vamos, las escopetas. (Llamando)

ESCENA X

LOS MISMOS, DON JUAN, LUISA; luego CLAVELLINA

D. JUAN ¿Qué es eso?
JUAN No sé. Al avío.
Vamos.
LUISA ¿Qué pasa?
D. JUAN Luisa,
no te apartes de este sitio.
CLAV. (Llegando.) Huye, Juan; van á incendiar
unos hombres el cortijo.
JUAN Pero, ¿y mi gente?
CLAV. No sé;
que encontrarla no he podido.
JUAN Vamos
D. JUAN Vamos.
LUISA Juan del alma,
¿te vas?
D. JUAN Luisa, es preciso. (Vanse.)
GRE. ¡Y yo he tenido la culpa!
¡Uy! ¡reniego de mí mismo!
(Dice estos versos, después de haber entrado, vuelto á salir con una escopeta y corriendo tras ellos.)

ESCENA XI

CLAVELLINA, LUISA y MARIA

JUAN (Dentro.) ¡Ciervo! ¡A ellos!
CLAV. Ya los suyos
han llegado...
MARÍA ¡Ay, Dios!
LUISA ¡Dios mío!
Si mi Juan...
MARÍA Si Juan Palomo. .
CLAV. ¡Dios saque en bien á mis hijos!
(Suenan disparos.)
LUISA ¡Oh! Yo no puedo vivir
de este modo...
MARIA Esto es inicuo:

amar, y al hombre que se ama
estarlo viendo en peligro.

LUISA Yo corro á su lado.

CLAV. ¡Hija!

LUISA Sí; que muera al lado mío.

CLAV. Ya vuelven.

ESCENA XII

LOS MISMOS, JUAN PALOMO, DON JUAN, el GREÑUDO, el CIERVO y tres niños de Ecija

JUAN Ese mal hombre
sin duda nos ha vendido.

LUISA ¡Don Juan!

D. JUAN Luisa querida.

JUAN Ya pasó el susto. Sin tino
huyen por esas montañas
los pocos que quedan vivos.
Mas me pareció entre ellos
distinguir...

CIERVO Sí; yo le he visto;
era Contramar.

JUAN ¡Infame!
Pues juro que si le pillo...

CIERVO Han muerto uno de los nuestros

JUAN Dios le conceda un asilo.

LUISA Juan, yo no puedo vivir
de esta manera que vivo.
Si en otro lance como este
te ves... Yo también peligros
sé arrostrar...

D. JUAN Pero Luisa...

LUISA Sí, capitán; yo lo exijo;
desde mañana he de ser
yo, cual ustedes, bandido.
Amo á mi Juan con el alma,
y amándole, quiere el sino
que en todo siga la suerte
que el cielo ofrecerme quiso.
Falta uno de la partida;
yo seré uno de los Niños.

D. JUAN Pero tu sexo...
LUISA No importa;
en cambiando de vestido,
se verá que á esta mujer
no le arredran los peligros.
Por el cariño de hermano,
Juan Palomo, te lo pido.
JUAN Será, que á mi lado en fieras
se convierten los chiquillos.
Esto, hermano, es menester
ya de una vez concluirlo.
Oigan todos. Un convoy
va á pasar por el camino,
conduciendo desde Cádiz
un tesoro. Me lo han dicho
confidentes reservados.
Robarlo nos es preciso;
si perdemos nuestras vidas
con nuestra suerte cumplimos;
pero si es que afortunados
se juega el lance, de fijo
será con él poderosa
la partida de los Niños.
Hagamos esta jugada,
y si de ella bien salimos,
será la última que hagamos
y de todo arrepentidos,
con propósito de enmienda
nuestros indultos pedimos.
¿Qué os parece?
CIER. Nos parece
[illegible] que la tardanza es martirio.
JUAN Pues á meditar el plan.
Hermanos, valor; si el sino
una vez en nuestra vida
se nos presenta propicio,
todavía puede Dios
perdonar nuestros delitos.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El robo del convoy

Montaña espesa: al fondo, practicable por medio de un puente colocado á la izquierda, que á su tiempo queda cortado. A la derecha selva, dividida por un río A la izquierda, en primer término, el patio de una posada; en su fondo un carro, en cuyo toldo estarán grabadas las armas reales; entrada al interior y ventana alta. Al levantarse el telón aparecerán dentro del patio Clavellina y el Greñudo sentados junto á la puerta; el Coronel, el Capitán y el Comisionado de Hacienda en la parte de afuera; en la misma muchos soldados y clases de ejército; varios centinelas oportunamente colocados.

ESCENA PRIMERA

CLAVELLINA, el GREÑUDO, el CORONEL, el CAPITAN, el COMISIONADO DE HACIENDA y Tropa

COR. Capitán, con gran fortuna
hemos hasta ahora pasado,
pero de aquí en adelante
está el peligro. Esos guapos
Niños de Ecija, la Sierra
tienen sembrada de espanto,
pues por temor, todo el mundo
los oculta y les da amparo.
Forzoso es la vigilancia
redoblar, no haga el diablo
que tengamos un encuentro.

CAP. Si de ésta en bien escapamos,
el Gobierno premiará
nuestro servicio.
COR. Por tanto,
es forzoso, capitán,
que doblemos el cuidado.
C. DE HAC. Dicen que hace ya seis meses
que los Niños...
COR. ¡Qué! no tanto.
Es verdad que en mucho tiempo
de ellos no se había hablado,
pero al pasar por Sevilla
hemos sabido que osados
allí han cometido un robo
ruidoso, y á más un rapto
de la hija del marqués
de Guadalcanal.
CAP. ¡Qué malos
son! Para ellos no hay
sitio ni objeto sagrado.
COR. Según informes, la casa
del señor Marqués robaron
en la noche de las bodas
de su hija, asesinando
á un conde que era el marido.
C. DE HAC. Mi Coronel, fuera chasco
llegásemos á Madrid
sin ese tesoro magno
que llevamos para el Rey.
COR. Pues temor no hay que abrigarlo;
somos mucha gente, y ellos
en número son escasos.
Nuestra tropa es aguerrida.
CAP. Eso sí.
COR. Bien, ahora vamos
á recorrer los contornos
nosotros mismos.
C. DE HAC. ¡El diablo
son esos Niños!
COR. No hay miedo;
de fijo á Madrid llegamos
sin novedad, donde el Rey
premiará nuestro cuidado. (Vanse.)

ESCENA II

CLAVELLINA, el GREÑUDO y Tropa

GRE. ¿Y hablaste con él?
CLAV. Hablé.
GRE. ¡Y te dijo!...
CLAV. Que en pidiendo
el rancho la tropa, en él
aquellos polvos echemos...
GRE. ¿Mas los oficiales?...
CLAV. Vino
han de tomar cuando menos,
y si lo piden, también
en el vino lo echaremos...
GRE. Mira, estoy que no me llega,
mujer, la camisa al cuerpo.
¡Yo en estas cosas metido!
Mas, ya se ve, mandan ellos,
y, ¿quién no obedece? Vaya,
pero no soy para esto.
CLAV. ¿Y por qué? Juan ha ofrecido
que de esta empresa en saliendo,
se retira á buen vivir,
y por bien suyo debemos
ayudarle, así logrando
que se aparte del sendero
donde tan sólo desgracias
ha de hallar y contratiempos.
GRE. Valor ha sido venir
y ganar al posadero
haciéndonos del mesón
los dos absolutos dueños.
Pero, dime tú, ¿no temes
que seamos descubiertos?
CLAV. La tropa nada sospecha.
GRE. Oye, ¿y aquí está el dinero?
(Señalando al carro.)
CLAV. Sí.
GRE. Pues mucho debe de haber
según lo demuestra el peso.
Ocho mulas lo tiraban;

si es oro... Pero yo creo
que no vamos á poder
conseguir hoy nuestro intento.

CLAV. Tío Lucas, usted no sabe
quién es mi hijo; por eso
desconfía usted del lance,
y el lance es asunto hecho.
La tropa se dormirá,
pero en tan profundo sueño,
que ellos llegando, podrán
llevarse todo el dinero.
Cuando se despierten, ya
estaremos de aquí lejos,
y no nos encontrarán,
pues en ganando los cerros,
ni pueden dar con nosotros,
ni aunque den hay que temerlos.

GRE. Vamos, si yo me santiguo
cada vez que en esto pienso;
vea usted, yo, que en ser honrado
siempre he fijado mi empeño.
Pero ayer Juan me llamó
y me dijo:—Oiga, buen viejo;
siéntese á mi lado, que
tengo que hablarle muy serio.
Tío Lucas, con esta vida
hace tiempo que no puedo.
Yo tengo la confianza
que en cuanto deje mi puesto,
los Niños de Ecija acaban,
porque yo, en su seguimiento
andaré hasta concluirlos.—
Entonces le dije:—Es cierto:
en cuanto acaben ustedes,
¿quién se atreverá?—No es eso,
me contestó: Oiga usted
de los Niños el secreto.
Nosotros no somos solos;
en Córdoba hay un sujeto
de campanillas, que tiene
formada una Junta. Bueno.
Esta Junta ó Hermandad,
son los Niños, mandan ellos

en nosotros, porque cuentan
con agentes en los pueblos
que amparan nuestra cuadrilla
y ayudan nuestros intentos...
Hay espías, confidentes,
gente gorda, por supuesto,
y no pocos pretendientes
á ir ocupando los puestos
que quedan vacantes, cuando
muere alguno de los nuestros.
Así es que siempre son siete
los Niños.—Vamos á esto,
añadió.—Si yo me indulto,
saldrán al campo corriendo
otros siete, y es preciso,
por garantía del Gobierno,
que yo me ofrezca á extinguirlos.—
Pues, pide el indulto, bueno,
le dije.—No, tío Lucas,
por hoy pedirlo no puedo,
porque me lo negarían.
Va ya para mucho tiempo
que no hacemos una grande
que, acobardando á los pueblos,
sea una necesidad
que nos indulte el Gobierno.
De ese lance ya ha llegado,
tío Lucas, el momento
Usted me ha manifestado
muchas veces el deseo
de que yo deje esta vida.
—Es verdad, le dije.—Bueno,
pues no tan sólo á dejarla,
tío Lucas, estoy dispuesto,
sino á hacerme hombre de bien
y á casarme. Para eso
necesito yo que usted
me conceda lo que quiero.
—Habla.—Yo adoro á María,
tío Lucas, ha mucho tiempo,
y si ya no se lo he dicho,
si he callado este secreto,
es porque un bandido no

puede ofrecer más que duelo.
Si usted me la da...

CLAV. ¿Y usted...?

GRE. Figúrate que lo quiero
como si fuera mi hijo.
Yo me puse tan contento,
que no sólo dije, sí,
sino que exclamé: Anda presto;
si en el plan que te propones
de algo sirve un pobre viejo,
cuenta conmigo, con tal
que, conseguido el objeto,
te indultes.

CLAV. ¡Pobre hijo mío!
Tío Lucas, ¿verdad que es bueno?
Su corazón está sano:
los vicios en él no hicieron
mella alguna.

GRE. Me explico
este asunto, y yo contento
ofrecí ayudarle en todo,
y por eso aquí me encuentro.
Mas callemos, llega ya
el jefe del regimiento.

ESCENA III

LOS MISMOS, el CORONEL, el CAPITÁN y el COMISIONADO

COR. Pues señor, la gente vela
y todo se halla desierto
por esos campos. Ahora
hable usted al posadero
á ver si está listo el rancho
para la tropa. En comiendo,
que descanse, y de mañana
la Luisiana dejaremos
para seguir el camino.
Nosotros vamos adentro,
que la jornada fué larga,
y es preciso recogernos.
Buenas noches.
(A Clavellina y el Greñudo, y vanse por la izquierda.)

GRE. Buenas noches.
COR. Hasta mañana.
CAP. Buen viejo,
si está el rancho, puede usted
al instante disponerlo,
que ya es tarde, y está la gente
desmayada.
GRE. Voy corriendo.
¿Dónde comerá la gente?
CAP. Ahí fuera; yo me voy dentro.
Si algo ocurre, avise usted.
Diga de paso al Sargento
releve las centinelas
para que vayan comiendo. (Vase.)

ESCENA IV

GREÑUDO, CLAVELLINA y Tropa

GRE. Vamos, mujer, que la cosa
se presenta cual queremos.
¿Están los polvos?
CLAV. Aquí
en el bolsillo los tengo.
GRE. Pues, hija, Jesús y cruz.
Lárgalos ya en los calderos
y el vino, y lleva arriba
dos botellas de lo añejo
con la cena de los jefes.
Voy yo á avisar al Sargento.
(Desaparece el Greñudo por el fondo. Clavellina entra por la izquierda y vuelve á salir con un caldero, que coloca en el centro de la escena, hacia donde se halla la tropa, que se pone en movimiento, sonando en una caja de guerra el toque de rancho. Vuelve á entrar Clavellina y á salir con otro caldero. Los soldados, desde la colocación del primer caldero, se han puesto á comer. El Greñudo vuelve con un Sargento.)
CLAV. Lo que es esto, despachado.
Ahora á los jefes. (Vase.)
GRE. Sargento,

que me ha dicho el Capitán
que disponga usté el relevo,
para que los centinelas
vayan el rancho comiendo.

(El Sargento se dirige á los que comen en el primer caldero, habla con un Cabo y éste conduce algunos soldados á relevar los centinelas. El Greñudo entra en el patio y permanece hasta la vuelta de Clavellina. En el ínterin, los soldados concluyen de comer, y se van echando repartidos por la escena, efectuándolo también los centinelas á su tiempo, y á medida que va siendo oportuno, según el siguiente diálogo.)

GRE. ¿Qué tal?
CLAV. Todo listo.
GRE. ¿El vino?...
CLAV. Arriba lo tienen puesto.
GRE. ¿Y los jefes?...
CLAV. En el cuarto,
jugando á los naipes.
GRE. Bueno.
Beberán. Mas, si no beben...
CLAV. Si no bebieran...
GRE. ¿Qué hacemos?
CLAV. Cuando los soldados duerman,
avisaré á Juan. Veremos
entonces lo que dispone.
GRE. Pues ya algunos van cayendo.
Esos polvos son de oro,
pues, según lo que yo advierto,
dentro de poco no hay uno
que no se encuentre durmiendo.
Mira, mira cuál se echan,
como si fueran borregos.
CLAV. Tío Lucas, por Dios...
GRE. No temas,
ninguno me oye.
CLAV. ¡Silencio!
GRE. ¿Juan está cerca?
CLAV. Estará,
según dijo, tras el cerro
aquí inmediato.
GRE. Pues mira,
puedes irte ya, que éstos,

el que ya no se ha dormido
tampoco se halla despierto.

CLAV. Voy; usted vigile mientras
á los jefes que están dentro. (Vase.)

ESCENA V

El GREÑUDO y Tropa

Pues, señor, con tal que sea
esta la última... Pienso
que sí. Juan quiere á mi hija,
y mientras sea bandolero
sabe que en su matrimonio
de ningún modo consiento.
Pero bien considerado,
si no le indultan, ¿qué hacemos?
Por eso yo presto ayuda
á este negocio, por eso
en que la cosa esta noche
salga bien tengo un empeño.
¡Quién había de creer
que esos señorones fueron
los que fundaron los Niños
de Ecija! ¡Ya lo creo!
Los Niños son los que roban,
pero quien gana son ellos.
Así Juan no tiene un cuarto,
y así siempre está completo
el número en la partida,
porque en cuanto uno cae muerto,
los señores de la Junta
mandan al punto el relevo.
Tarda Juan; si fracasara
el plan, estábamos frescos.

ESCENA VI

LOS MISMOS, CLAVELLINA y JUAN PALOMO; después, DON JUAN, LUISA en traje de Niño de Ecija, el CIERVO y tres NIÑOS más

JUAN ¿Dice usted que los soldados?...
CLAV. Míralos, están durmiendo.
JUAN ¿Y los jefes?
CLAV. En los cuartos
de arriba.
JUAN ¿Pero bebieron?
CLAV. Creo que no.
JUAN Pues entonces
hay que subir, no hay remedio.
Mejor, así se aseguran
y estamos con mucho menos
cuidado. ¿Está usted segura
de todo?
CLAV. Sí.
JUAN Pues á ello.
Voy á llamar á la gente.
Váyase usted para dentro,
y cuide si los de arriba
se ponen en movimiento.
(Vase y vuelve á poco con los demás; Clavellina entra en el patio.)
GRE. ¿Llegaron?
CLAV. Ya están ahí.
¿Y los de arriba?
GRE. En silencio.
CLAV. ¿Habrán bebido?
GRE. No sé;
mientras tú avisaste á esos,
yo de aquí no me he movido.
CLAV. Pues bien, estémonos quietos,
á ver lo que Juan dispone.
Ya llega.
JUAN Mira, tú, Ciervo,
(Llegando con todos.)
márchate con uno tú
al puente.
CIER. Vamos á ello.

JUAN Escucha; cuando allí estés
lo examinas bien; es viejo;
debe por alguna parte
estar malo; cuando menos
es menester arreglar
las cosas, por si es que ellos
se aperciben del negocio
sin que nos dejen el tiempo
necesario para huir.
De modo que al puente...

CIER. Bueno.

JUAN En cortando los estribos,
aunque en nuestro seguimiento
salgan, nada nos importa;
practicable para ellos
tan solamente se encuentra
el camino carretero;
si salen, por él irán
sin duda alguna á cogernos,
mientras nosotros nos vamos
por el oscuro sendero
que hemos traído. Al avío.
(Se van hacia el puente y cortan.)

JUAN (A dos Niños.)
Ustedes aquí, con tiento,
las piedras á los fusiles
ir quitando. Siempre es bueno
(Lo ejecutan.)
Tú, Juan, conmigo; es preciso
ver si los jefes durmiendo
están ya, si no, amarrarlos
será preciso, aunque ellos
son tres y nosotros dos,
eso será lo de menos,
que donde llegan los Niños
todos se mueren de miedo.
Tú, Luisa, aquí á cuidar
si alguno de estos muñecos
se despierta; aunque confío
que ha de ser muy largo el sueño.

LUISA Juan, yo de ti no me aparto.

D. JUAN Es forzoso; bandoleros
somos; manda el capitán
y es preciso obedecerlo.

JUAN Hoy no más. Salgamos bien
de este asunto y hablaremos.
Madre.

CLAV. ¿Qué quieres?

JUAN Luisa
con ustedes.

CLAV. Ya te entiendo.

JUAN Juan, nosotros para arriba.

D. JUAN Vamos aunque sea al infierno. (Vanse.)

ESCENA VII

LOS MISMOS, excepto JUAN y DON JUAN

CLAV. ¿Cómo te sientes?

LUISA ¡Ay, madre!
Con esta vida no puedo;
no es que me falta valor
para arrostrarla, no es eso;
que es mi corazón de roca
y á nada en el mundo temo.
Es que temo por mi Juan,
es que la conciencia tengo
de modo que ni un instante
vivir tranquila yo puedo.

CLAV. Tus penas acabarán;
las mías no tienen término.
(Suena ruido voces por el interior de la izquierda.)

GRE. La danza se ha armado arriba,
según el ruido que siento.

LUISA ¿Qué será?

GRE. No tema usted,
señorita; este jaleo
es cosa de poca monta;
no son más que tres muñecos,
y los nuestros son dos mozos
cada uno como un templo.
Y no se resistirán,
pues, de seguro, los nuestros
en cuanto uno se descuide
le tira un tiro en el cuerpo.
Ya bajan.

ESCENA VIII

LOS MISMOS, JUAN PALOMO y DON JUAN, que traen las armas del Coronel, Capitán y Comisionado

JUAN — Todo arreglado
ya por arriba lo dejo.
Jugando estaban los tres,
pero yo he ganado el juego,
que en cuanto dije quién era
todos tres se nos murieron.
Vamos á ver qué se hace.

D. JUAN — Lo que quieras; vé diciendo.

JUAN — Deja que vengan los otros.

GRE. — Hacia aquí se acerca el Ciervo.

(Llega el Ciervo con un Niño.)

CIER. — El puente queda de modo
que aun cuando lo pasen ellos
no podrán retroceder,
porque con muy poco esfuerzo
se desploma. ¿Y los de arriba?

JUAN — Ya bien seguros los dejo.

CIER. — ¿Amarrados?

JUAN — De lo firme.
Vamos, no hay que perder tiempo,
á desocupar el carro.
y á llevarnos el dinero.
En los caballos vacíos
lo podremos ir poniendo.

D. JUAN — (A Luisa.)
Vamos nosotros también
á ayudar. Y usted, buen viejo.

GRE. — ¿Conque yo también? Corriente.
¡Convertido en bandolero
á la postre de mis años!
Vamos, no soy para esto.

(Van sacando del carro los cajones de dinero y llevándoselos por la derecha.)

JUAN — Y están repletos; mejor,
el negocio no es malejo.

D. JUAN — Luisa, ¿no te repugna
este espectáculo?

CLAV. Veo
que tiene más corazón
aún que ustedes.
LUISA Sí, lo tengo.
JUAN (Vamos, luego no querrán
que yo de Juan tenga celos:
una mujer como esta
no se encuentra á ningún precio.)
CIER. Ya está todo colocado.
JUAN ¿Y los caballos?
CIER. Dispuestos.
JUAN Por aquí suena ruido.
D. JUAN ¿Se habrán desatado?
JUAN Creo
que sí.
COR. (Dentro.) No se escaparán.
Vamos pronto.
JUAN Sí; son ellos.
Al avío; todos, todos,
vamos pronto á escondernos,
que si ven por dónde huimos
ahora, todo lo perderemos.
(Se marchan preeipitadamente por la derecha.)

ESCENA IX

El CORONEL, el CAPITAN y el COMISIONADO llegan precipitadamente y toman sus armas, que han quedado en la escena

COR. ¡Aquí estarán!
CAP. ¿Y la tropa?
COR. Durmiendo.
CAP. Mas, ¿cómo es esto?...
COR. Quién se explica ..
C. DE HAC. Voy á ver
si se han llevado el dinero. (Reconoce.)
Lo dicho, no existe nada;
todo se ha perdido.
COR. ¡Cielos!
Y en este apurado trance,
¿cómo ponemos remedio?
¿Qué cuenta habremos de dar
de la conducta al Gobierno?

CAP. La verdad.
COR. ¡Oh! ¡Qué vergüenza!
¡Qué deshonra! ¡Un regimiento
burlado por siete hombres!
¡Eh, muchachos! ¡Vive el cielo!
Como piedras.
CAP. Esto es
que el rancho estaba compuesto.
COR. Sí; sin duda han sido cómplices
la mujer y el posadero,
pues no están aquí. A las armas,
muchachos. Vamos, sargento,
llamada y tropa. Al escape.
á ver si damos con ellos.

(La tropa se pone en movimiento, la caja de guerra toca á generala y todos toman las arman.)

CAP. Nos llevan gran delantera.
COR. No importa, vamos corriendo;
en pelotón; nada, nada,
ni aun á formar esperemos.
En marcha; al que los descubra,
yo le garantizo un premio.

(Corren todos hacia la montaña, detrás de ellos el Coronel; cuando ya han pasado el puente, aparecen los siete Niños de Ecija á caballo por la derecha. El Coronel repara en ellos.)

Paso atrás, soldados, pronto;
á mí todos; ya los veo.

(Los soldados vuelven atrás, pero al pasar el puente, éste se divide, cayendo algunos y quedando cortado el paso.)

ESCENA X

LOS MISMOS, JUAN PALOMO, DON JUAN, LUISA, el CIERVO y tres Niños

JUAN El que siquiera dé un paso,
de un trabucazo va al suelo.
COR. No se nos escaparán;
soldados, ¡á ellos, á ellos!
JUAN Soldados, soy Juan Palomo,

Capitán de bandoleros,
y los seis Niños de Ecija
que me acompañan son éstos.
Pueden ustedes decirle
de nuestra parte al Gobierno,
que si el dinero robamos
sabemos tan bien hacerlo,
que no hay poder en la tierra
que se oponga á nuestro intento.
Ea, quien quiera que nos siga,
al escape, compañeros.

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

El castigo del culpable

Interior de un mesón; puerta al fondo, dos laterales á la derecha y dos á la izquierda; mesa con velón encendido, y recado de escribir, y algunas sillas rústicas.

ESCENA PRIMERA

DON JUSTO, CONTRAMAR y UN POSADERO

JUSTO ¿Conque dices tú que hoy
deben llegar?...
POS. Ya lo creo;
como que ayer me avisó
Juan Palomo con el Ciervo.
JUSTO Y de esa marcha, ¿tú sabes
cuál pueda ser el objeto?
POS. Toma, como que de mí
hacen confianza ellos;
de todo estoy enterado.
JUSTO Pues bien, yo quiero saberlo.
POS. Allá va. Ya he dicho á usted
que ayer estuvo aquí el Ciervo
y me dijo:—Es necesario
que dispongas de lo bueno,
que aquí cenamos mañana
y aquí también dormiremos.

Viene Juan con la cuadrilla,
con su madre, y con un viejo
que acompaña á una muchacha
con quien Juan anda en enredos.—
Entonces le pregunté:
—¿Y dónde se va?—Lo cierto
no te lo puedo decir,
pues no da conocimiento
Juan de lo que piensa hacer;
pero según me sospecho,
el Capitán hasta Córdoba
se encamina, que ya hemos
redondeado un negocio,
y á dejar vamos dispuestos
de la vida de bandido
los detestables manejos.
Allí tiene Juan amigos,
y es probable que con ellos
vaya á tratar del indulto.

JUSTO ¿Lo ves, Contramar?

CONT. Ya veo.

JUSTO Pues bien, forzoso es que tú
lo tengas todo dispuesto,
sin que á Juan digas que yo
tan cerca de ellos me encuentro.
Si va á Córdoba, terribles
pueden ser los contratiempos,
pues por conseguir su indulto
será capaz, traicionero,
sin mirar las consecuencias,
de descubrir el secreto
de la Junta; y si nos pierde,
también tú..

POS. Ya lo comprendo.

JUSTO Es preciso, Contramar,
que Juan aquí quede muerto.
Si nos vende, ¡miserable!
que pague caro su intento.
La ocasión es oportuna;
he tenido gran acierto
en venir aquí esta tarde.
¿A servirme estás dispuesto? (Al Posadero.)

POS. Yo sirvo á quien bien me paga.

JUSTO Pues bien, dispón desde luego
las habitaciones; cuida
que Juan en un aposento
duerma solo, y que los otros
se alojen un poco lejos.
Que de aquí no ha de pasar
Juan Palomo, te prometo.
Después que estén recogidos,
tú, Contramar..

CONT. Ya comprendo.
Yo me encargo de los otros
y usted de Juan...

POS. Pero ellos
son muchos...

JUSTO Eso no importa
al logro de mi proyecto.
Frente á frente, es imposible
conseguir su rendimiento,
que no son hombres, son fieras.
Yo le cogeré durmiendo,
y aseguro, que no habrá
de contarlo. El aposento
donde Juan duerma, es preciso
que no se cierre por dentro.

POS. En destinándole ese,
junto al de usted, no hay remedio,
aunque él se encierre, una puerta
le comunica por dentro;
por ella...

JUSTO ¿Será seguro?...

POS. Como que dos llaves tengo:
él se encerrará con una
y usted con otra...

JUSTO Ya entiendo.

CONT. ¿Y si no duerme?

JUSTO Vendrá
cansado.

CONT. Juan es de hierro.

JUSTO Para que tranquilo duerma,
me ocurre... El tiene recelos
tan solamente de mí
desde aquella noche...

CONT. Cierto.

JUSTO En que le dimos el golpe
aquel que no tuvo efecto.
Desde entonces, sé que siempre,
alguna traición temiendo,
vive con mucho cuidado.
Pues bien, yo tengo un remedio
porque esta noche tranquilo
duerma aquí. Vamos á ello.
Trae pronto papel y tinta.

POS. En la mesa está el tintero.
(Don Justo se sienta y escribe.)
¿Qué intentará? (A Contramar.)

CONT. ¿Qué te importa?
Vamos al negocio, y...

POS. Bueno.
(A mí me lo paga bien,
lo demás me importa un bledo.)

CONT. Sí, le matará, y entonces
del campo me quedo dueño.
¡Capitán de la partida!
Más que Juan sabré ser fiero,
y se cumplirán del todo
mis afanes, mis deseos.

JUSTO Ya está. Para Juan Palomo.
Le pongo el sobre y la cierro. (Lo hace.)
Esta carta entregarás
á Juan, cuando venga. (Al Posadero.)

POS. Entiendo.

JUSTO Ahora á disponer los cuartos.
Nosotros vamos al nuestro. (Vase el Posadero.)

ESCENA II

DON JUSTO y CONTRAMAR

JUSTO Que no vacile mi brazo,
Contramar, y será muerto.
Ya lo ves; lo del convoy,
según pensé, ha sido cierto.
De ese tesoro, los siete
al cabo se han hecho dueños
y, ya poderosos, van

á descubrir el secreto
de la Junta, así logrando
que los indulte el Gobierno,
entretanto que nosotros
nuestras vidas perderemos.
Vidas por vidas, no hay más
que jugarlas. Si vencemos,
quitamos el enemigo
y el tesoro será nuestro.
¿Si sucumbo, qué me importa?
¿Qué es vivir así? No puedo.
Yo que tengo sed de oro
entre sus garras lo veo,
y cuando debiera ser
de tanta riqueza dueño,
tras de no tenerla, voy
por Juan á ser descubierto.
No; mi brazo será fuerte,
que me va la dicha en ello.
Esta noche...

CONT. ¿Pero usted
se atreve?

JUSTO ¡Que si me atrevo!
Tú no sabes cuánto odio
inspira Juan á mi pecho;
tú no sabes hasta dónde
llega el rencor que le tengo.
Escucha: Fundé los Niños
por ser rico: hubo algún tiempo
en que con lo estipulado
esos bandidos cumplieron.
Yo atesoré. Ya era rico,
muy rico, mas satisfecho
aun no estaba, y poseía
un tesoro grande, inmenso.
En aquella situación,
confiándome de ellos,
pensé doblar mi caudal,
Contramar, en poco tiempo,
y aumenté las confidencias
y dí ensache á los proyectos.
Puse agentes que pagaba
repartidos por los pueblos:

y así gastando, gastando,
pronto me ví sin dinero.
Esperaba que llegase
un oportuno momento,
un golpe grande, tan grande,
como el que han logrado ellos;
y cuando llega, me venden...
¡Oh! no hablemos más de esto
Le mataré, no lo dudes;
clavaré en su férreo pecho
hasta el pomo mi puñal,
que es tal el afán que tengo
que aunque sé que vales mucho,
ni aun matarle á tí te dejo.
Quiero yo mismo gozarme
en la muerte de ese fiero;
quiero tendido á mis pies
implorar clemencia verlo.
Tú á los otros, Contramar,
sujétalos, que en muriendo,
ese Capitán feroz,
á los otros venceremos
fácilmente. Los encierras;
si es posible pones fuego
á la habitación. Que no haya
piedad, y tendrás el premio.

CONT. Alguien viene.

JUSTO Vamos, pues.

CONT. ¿Faltará valor?

JUSTO Lo tengo.
Vienen... vamos á ocultarnos
y á observar...

CONT. Sí, sí, son ellos. (Vanse.)

ESCENA III

CLAVELLINA, MARIA y el GREÑUDO por el fondo; POSADERO por la izquierda

GRE. Gracias á Dios que llegamos,
que el camino no es muy bueno,
y tantas leguas en burro

me tienen molido el cuerpo.
Buenas noches. (Al Posadero.)

POS. Buenas noches.
¿Qué se ofrece, caballeros?

GRE. Se ofrece... cuartos y camas.

POS. Pues no puede ser...

GRE. Lo siento,
pero es preciso que sea.

POS. Tengo los cuartos dispuestos
para una gente...

GRE. ¿Qué gente?

POS. ¿A usted le importa?

GRE. Por eso
lo pregunto.

POS. Pues, amigo,
yo decírselo no puedo.

GRE. ¿Vaya que sé quiénes son
los que usté espera?

POS. Veremos.

GRE. Usté espera á Juan Palomo
con todos sus compañeros,
y una familia...

POS. ¿Pues, quién
lo ha dicho?

GRE. Yo, que lo leo
en el blanco de los ojos.
No se apure usté por eso.
La familia de Palomo
somos nosotros.

POS. Por eso
lo sabe usté.

GRE. ¡Vaya en gracia!
Pues por eso, ya lo creo.
¿Están los cuartos?

POS. Están;
y la cena.

GRE. Yo no ceno.
Lo que quiero es que esta gente
descanse...

POS. Vamos á ello.
Todo está listo.

GRE. ¿Por dónde?

POS. Entren ustedes por dentro. (Vase.)

ESCENA IV

Los MISMOS, menos el POSADERO

GRE. Ya vamos; ¿se espera á Juan?
CLAV. Tío Lucas, casi no puedo.
La jornada ha sido larga,
y el cansancio...
GRE. Yo estoy hecho
una estopa. ¿Tú, muchacha,
qué dices?
MARÍA ¿Yo? Que en viniendo
Juan, podremos levantarnos.
¡Tengo unas ansias por verlo!
Desde esta mañana, madre,
que ni un momento sosiego.
CLAV. ¿Le quieres mucho?
MARÍA Con tantas
fatigas, madre, le quiero,
que desde que sé que me ama
no respiro ni sosiego.
GRE. Así son ustedes todas.
Antes te amaba en secreto,
y entonces no sosegabas,
y ahora que es público el hecho,
y te ves correspondida,
dices que estás sin sosiego.
¿Pues, hija, cuándo estarás
tranquila?
MARÍA Cuando sin riesgo
le mire solo ser mío.
CLAV. ¡Oh! Muy pronto lo veremos.
GRE. No puedo más; á dormir,
y cuando él venga, saldremos. (Vanse.)

ESCENA V

El POSADERO, DON JUSTO y CONTRAMAR

POS. Estos quedan ya en sus cuartos.
JUSTO ¿Vinieron?
POS. Los que vinieron

son los tres que le acompañan;
las dos mujeres y el viejo.

JUSTO ¿Y esa gente?

POS. A descansar
se han ido á su cuarto.

JUSTO Bueno.
La paciencia se me apura.
Vamos adentro; esperemos.
(Vanse don Justo y Contramar.)

ESCENA VI

El POSADERO; después JUAN PALOMO, DON JUAN, LUISA, el CIERVO y tres Niños de Ecija

POS. La noche va á ser atroz.
Estoy temblando de miedo.
Y á fe que de lo que pase
á Juan Palomo, me alegro,
que hace tiempo nada da,
y al cabo nos tiene expuestos
á que venga una partida
y nos eche mano. Creo
que es ruido de caballos. (Yendo á la puerta.)
Lo dicho, dicho; son ellos.

JUAN (En la puerta.) Que cuide uno que al ganado
se le dé ahora mismo un pienso.
La jornada ha sido larga. (Entran.)

D. JUAN ¿Cómo te sientes? (A Luisa.)

LUISA Me siento
muy cansada.

JUAN (Al posadero.) Buenas noches.

POS. Dios guarde á los mozos buenos.

JUAN ¿Usted recibió mi aviso?

POS. Todo lo tengo dispuesto.

JUAN ¿Ha llegado aquí una gente?...

POS. En su habitación durmiendo
se hallan ya; vienen cansados
del camino...

JUAN Ya lo creo.
También nosotros...

POS. Pues mira,

tu cuarto es ese. (Señalando al segundo derecha.)
(Por el segundo izquierda.) Aquí dentro
hay otros dos, según tú
me encargaste.

JUAN — Para éstos (Por Luisa y D. Juan.)
será el uno, y en el otro
vaya con la gente el Ciervo.
¿Hay viajeros?

POS. — No he querido
recibir ningún viajero,
para que con más holgura
ustedes...

JUAN — Se lo agradezco.
¿Y el camino?

POS. — ¡Qué! El camino
hace muchos días desierto.
No se vé ni un Miquelete
á diez leguas de este término.

JUAN — Con todo, no hay que fiarse.
Bueno será que tú, Ciervo,
vayas á ver los contornos
para que tranquilo estemos.

D. JUAN — Quieres que yo...

JUAN — No, Luisa
está cansada...

D. JUAN — Un momento
pueden ustedes aquí
dencansar, mientras yo vuelvo.

JUAN — (Quedarme solo con ella!...)
Deja Juan...

D. JUAN — En poco tiempo...
Vamos. (Al Ciervo y Niños)

CIER. — Adonde usté quiera

D. JUAN — (A Luisa.) Adiós. Pronto volveremos
(Vase con el Ciervo y Niños.)

ESCENA VII

JUAN PALOMO, LUISA y el POSADERO

POS. — ¿Cenan ustedes?

JUAN — Domir
es lo que todos queremos.

POS. ¡Ah! mira, se me olvidaba:
esta carta me trajeron
para tí...
JUAN ¿Una carta?
POS. Sí.
JUAN ¿Y de quién?
POS. No sé; el sujeto
que la trajo, nada dijo.
JUAN Venga.
POS. Yo me voy adentro
á arreglar las cosas.
JUAN Bien.
POS. Pues hasta luego.
JUAN Hasta luego. (Vase el Posadero.)

ESCENA VIII

JUAN PALOMO y LUISA

JUAN (Abriendo la carta.)
De don Justo. ¿Qué será?
Veamos. (Lee.) Que va á venir...
Que me tiene que decir...
¿Que decirme? ¿Qué querrá?
Que le espere aquí mañana
por la noche... Que ha sabido
lo del convoy, y ha creído,
de buena ó de mala gana,
deberme hablar... Está bien;
le esperaré. De manera
que ya es fuerza dentro ó fuera
quedar de este somatén.
Mejor. De una vez. Así
le diré que más no sigo
en la sociedad; que abrigo
el proyecto de que á mí
se me deje en libertad,
y sin hacer delaciones
valerme de relaciones
para que Su Majestad
me dé el indulto. Esto es hecho.
Amigablemente... Es claro;

á don Justo le declaro
mi intención... Es lo derecho.
(Guarda la carta y queda pensativo sin mirar á Luisa, que se halla observándole en el extremo opuesto.)

LUISA (No me atrevo... En mi aflicción
es forzoso que le diga...
¡Oh, sí, sí! Quizás consiga...
Esta horrible situación
es forzoso despejar;
vivir así no es posible,
porque esta lucha es horrible.)
Juan... yo te quisiera hablar.

JUAN ¿Tú? (Con extrañeza.)

LUISA Perdona si imprudente
me quedo sola contigo.
Quiero hablarte sin testigo.

JUAN (¡Qué es esto!)

LUISA Tu pecho siente,
y en tanto calla tu labio.

JUAN Luisa, no te comprendo...

LUISA Sí, Juan; á lo que yo entiendo
tu pecho abriga un agravio,
y es con nosotros...

JUAN No, no.

LUISA ¡Oh, sí! Te muestras extraño,
y esto, hermano, me hace daño.
¿En qué te he ofendido yo?

JUAN Ni sé por qué lo supones,
y hasta me ofende tu dicho.

LUISA No eres sincero.

JUAN Capricho.

LUISA No, Juan; no son aprensiones.
Hace tiempo lo he notado.
Me manifiestas desvío
cuando estás al lado mío.
Juan, siempre estás disgustado.
¿En qué te falté? Habla, di.
Si mi compaña es tu agravio,
cuando lo diga tu labio
yo me apartaré de ti.

JUAN Calla, y no me mortifiques...

LUISA ¡Te estorbamos! Sí, lo veo;
en tu semblante lo leo

y es menester que te expliques.
Comprendo; sé que imprudente
vinimos aquí, y que luego,
al mirarnos sin sosiego,
no estuviste complaciente,
porque ya te molestaba
vernos tristes, suspirando...

JUAN ¡Oh! Me estás atormentando.

LUISA Pues dí lo que es esto; acaba.

JUAN (Que nunca sepa...) Esto es,
que mi vida se quebranta,
pues mi porvenir me espanta;
que reflexiono después
y miro mi situación
y mi esperanza perdida,
y me fastidia la vida
y me falta la razón.
Esto es, Luisa, que nací
para ser muy desgraciado,
que el cielo me ha abandonado
porque mucho le ofendí.
Que me falta la paciencia
y todo me causa tedio,
porque no encuentro el remedio
de mitigar mi conciencia.
Esto es que en mi pecho arde
un pesar que le alimenta,
y que tanto me atormenta
que hasta me siento cobarde.

LUISA ¿Pero ese pesar?... Dí, Juan.

JUAN Ni puedo imprudente ser,
ni tú lo debes saber.
Respeta este loco afán.

LUISA Eres mi hermano, mi amigo...

JUAN Lo sé, mas déjate de eso;
de mi malestar el peso
no es contigo, que es conmigo.
Bien sabes tú que en la vida
hay arcanos tan crueles,
que como duros cordeles
ponen el alma oprimida;
que no se pueden decir,
pues no se deben saber,

que no hay más que padecer
y callarlos y sufrir.
De esa lucha en la balanza
miro que muriendo estoy,
porque mi mal, lo que es hoy,
es un mal sin esperanza.
Y en mi pesar insufrible
quiero hablar y sufro y callo,
pues por mucho que batallo
el vencerlo es imposible.

LUISA ¿Amas? (Después de una pausa.)

JUAN Calla y sé prudente.

LUISA Juan, habla; yo te prometo
no descubrir el secreto;
pero mi razón presiente
que ese mal, mal es tan fiero,
que horroroso te maltrata,
que te atormenta, te mata...

JUAN No temas, curarlo espero.
Dios es grande.

LUISA Sí, lo es.

JUAN Y El me dará fortaleza...
(¡Oh, se abrasa mi cabeza...)

LUISA Pero, dímelo...

JUAN Oye, pues,
ya que lo quieres. Yo adoro
ciego á una mujer; con ella
luciera feliz mi estrella,
que vale más que un tesoro.
La adoro ciego, y acaso
no comprende mi locura,
que en otro amor de ventura
camina paso tras paso.
Y nunca la hablé de amor;
la ví y la adoré en secreto,
y como á ti te respeto
he respetado su honor.
Estaba lejos, y un día
el sino me la depara,
y mi razón se dispara
y se aumenta mi agonía.
Que por respetar su nombre
yo la había respetado,

y cuando viene á mi lado
viene en brazos de otro hombre.
Y á este hombre no puedo ser
desleal sino sufriendo,
y hasta mi amor escondiendo
le tengo que proteger.
Y he de tenerle á mi lado,
y le miro noche y día
demostrándole alegría
cuando estoy desesperado.
Ahora no preguntes más
ni me mires enemigo.
Más del caso no te digo,
que tú lo adivinarás.

LUISA Porque sospeché, quería
descorrer el triste velo.
Juan, Dios te dará consuelo
en esa triste agonía.
La suerte así lo ha querido.

JUAN Pero es tan triste mi suerte,
que lo que quiero es la muerte.
Por eso estoy afligido.

LUISA Es forzoso decidir.
Huir del peligro primero.

JUAN Que salgamos de él espero.

LUISA No hay más, Juan, sino partir
de tu lado. Soberano
es mi amor, que va creciendo.

JUAN Amalo; yo no me ofendo.
¿Quién se ofende de un hermano?
La senda que hay que tomar
la tengo ya decidida...

LUISA Pero morir...

JUAN No, la vida
es forzoso conservar,
hasta que en estrecho lazo
estén ustedes...

LUISA ¡Cuán bueno!

JUAN No mucho. Pero si peno,
no temas, corto es el plazo.
Yo me sabré reprimir.
Que nada aperciba Juan,
pues si comprende mi afán
no podrá feliz vivir.

ESCENA IX

LOS MISMOS, DON JUAN, el CIERVO y tres NIÑOS; luego el POSADERO

D. JUAN A nadie por las afueras
hemos visto, capitán.

JUAN Pues bien, tranquilos podemos
esta noche descansar.
Mañana hacemos parada
por todo el día aquí.

D. JUAN Está
bien.

JUAN Sí, he tenido carta
de don Justo, y esperar
es necesario...

D. JUAN Luisa,
¿te sientes mejor?

LUISA No tal.
Estoy tan estropeada,
que sólo con descansar...

D. JUAN Vamos, pues.

POS. (Saliendo.) Tu cuarto es ese.
(Señalando á Juan el segundo de la derecha.)
El de ustedes por allá...
(Indicando á los demás el segundo de la izquierda.)

JUAN Buenas noches

CIER. Buenas noches.

D. JUAN Que la pases buena, Juan.
(Vanse por las puertas indicadas.)

POS. Voy á la gente de ahí
ahora mismito á avisar.
(Entra por la primera puerta de la derecha y vuelve á salir acompañado de Contramar.)

ESCENA X

POSADERO y CONTRAMAR

CONT. ¿Todos están recogidos?
POS. Sí, todos; aquí está Juan;
por aquí las dos mujeres
con el viejo... Ven acá;
los seis Niños por aquí;
mira, allí junto al pajar.
(Va señalando las puertas, según lo marcan los versos.)
CONT. Empezaremos por ver
si estos duermen...
(Entra por la primera puerta de la izquierda y vuelve á salir.)
Duermen ya.
Vete tú á cuidar los otros.
Voy á don Justo á avisar.
(Vase por la primera puerta derecha; el Posadero por la segunda izquierda, llevándose el velón, que habrá estado encendido sobre la mesa.)

ESCENA XI

El GREÑUDO con escopeta

Me pareció haber oído...
Estaba despabilado,
y creí que sonaba gente
á la puerta de mi cuarto.
No sé si Juan y los Niños
habrán al mesón llegado.
No, pues aquí á nadie veo...
Está tan oscuro... Vamos,
que no me puedo dormir
sin ver que Juan está en salvo.
Voy á llegar á la cuadra
á ver si están los caballos.
(Vase por el fondo.)

ESCENA XII

DON JUSTO, CONTRAMAR; luego el GREÑUDO

JUSTO ¿Conque están dormidos todos?
CONT. Todos están en sus cuartos.
JUSTO ¿Tú me respondes de esos?
CONT. Esos están descansando,
y no se apercibirán...
(El Greñudo, al ir á entrar, oye hablar y se detiene.)
GRE. (¿Qué es esto? Aquí hay gente. ¡Diablo!
Desde aquí voy á escuchar...)
JUSTO Bien; preciso es encerrarlos.
Mientras tú lo haces, de Juan
sin escrúpulos me encargo.
GRE. (¡Hola! ¿Traidores tenemos?...
¿Quiénes serán?...)
JUSTO ¿No has notado?...
CONT. ¿El qué?...
JUSTO Ruido...
CONT. Yo, no...
JUSTO Será aprensión... A los cuartos.
Cuando vuelvas, Juan Palomo
habrá ya muerto á mis manos.
GRE. (¡Demonio!)
JUSTO Vamos; no hay ya
remedio, ni hay que pensarlo.
La puerta está abierta. (Llega á ella.)
CONT. Sí.
JUSTO El dormirá descuidado.
No sabe que le aborrezco
y que un golpe le preparo...
No se me irá... Cuánto gozo
tan solo en considerarlo.
Verlo á mis pies jadeante
en su sangre revolcado...
Cuando los otros acudan
nos hallaremos en salvo.
¿Qué me detiene?
CONT ¿El puñal?...
JUSTO Nada temo, está afilado...

Al primer golpe... Anda tú;
no te detengas...

CONT. Andando. (Vase.)

JUSTO Tiemblo, pero no es de miedo;
es de afán, de sobresalto.
Me voy á vengar del hombre
que mi ilusión me ha robado.
(Llega á la segunda puerta de la derecha)
Duerme, reposa tranquilo;
al despertar, en mis brazos
te hallarás cadáver yerto...
El puñal... qué pienso... vamos...
(Va á dar el último paso para entrar en la habitación donde se halla Juan Palomo. El Greñudo, que durante los versos anteriores le ha estado apuntando con la escopeta, dispara; don Justo cae herido.)

GRE. ¡Infame! ¡Toma!

JUSTO (Cayendo.) ¡Dios mío!

GRE. ¡Juan! ¡Juan Palomo! ¡Muchachos!
(Contramar sale y huye por el fondo.)

CONT. (¡Oh! Nos estaban oyendo.
Por aquí...)
(El Greñudo ha querido darle con la escopeta, pero Contramar escapa.)

GRE. ¡Se me ha escapado!
¡Por vida! Si no al pasar
le sacudo un culatazo.

ESCENA ÚLTIMA

DON JUSTO, EL GREÑUDO, JUAN PALOMO, DON JUAN, EL CIERVO, CLAVELLINA, LUISA, MARÍA, Y TRES NIÑOS, EL POSADERO, con luz.

JUAN ¿Qué es esto?

D. JUAN ¿Qué ha sucedido?

LUISA ¡Qué susto!

MARÍA ¡Ay Dios! ¿Qué ha pasado?

JUAN ¡Un hombre muerto!

GRE. Sí, un hombre,
ó mejor dicho, un diablo.

JUAN ¿Quién es? ¡Don Justo! (Reconociéndole)

CLAV. ¿Qué dices?
D. JUAN Respira.
JUAN De un trabucazo... (Apuntándole.)
CLAV. Detente, Juan, no se manchen
con esa sangre tus manos;
socorredle y que se salve.
GRE. ¿Que se salve ese villano?
Iba á asesinar á Juan
y si un tiro no le largo...
D. JUAN Quiere hablar.
CLAV. Sí, socorredle,
por piedad...
JUAN ¡Esto es extraño!
Madre, ¿pero usté?...
CLAV. Hijo mío,
tiempo es ya de que el arcano
se descubra; ese hombre es...
JUAN Acabe usted... ¡Oh! Ya caigo.
CLAV. ¡Tu padre!
D. JUAN ¡Mi padre!
JUAN El cielo
de una vez me ha castigado.
Pronto, á colocarlo aquí
en esta silla. (Lo hacen.) ¡Qué aciago
es mi sino!
JUSTO ¡Juan! (Fatigado.)
JUAN Señor...
JUSTO No puedo... (Esforzándose.)
JUAN ¿El tiro?
JUSTO Aquí ha dado...
Voy á morir...
GRE. (Lo que es yo,
le aseguré, por si acaso.)
JUSTO Pago mis crímenes, sí;
Juan, te hallas de mí vengado;
te iba á matar...
JUAN Calle usted..
CLAV. Dios tan solo es soberano,
y vela porque en la tierra
tenga castigo el malvado.
JUSTO ¿Esa voz?...
CLAV. Sí; la conoces...
JUSTO ¡Qué recuerdo!...

CLAV. Ha muchos años
que la escuchaste...
JUSTO Es verdad...
¿Quién eres?..
CLAV. ¿Quién soy? Extraño
que preguntes...
JUSTO Habla... habla...
que me estás atormentando...
CLAV. ¿Te atormenta de tu crimen
el recuerdo? ¡Oye, malvado!
¿Recuerdes á la mujer
que hace ya veintiseis años,
dejastes abandonada
después de haberla engañado?
¿Recuerdas á la gitana
que, niña y ciega, adorando
estuvo á un hombre, á quien dió
el tesoro más preciado;
la honra, la honra; tú, impío,
la inocencia atropellando,
mataste á su padre fiero,
le robastes, y en tu insano
deseo, la pobre niña
se vió sola, sin amparo,
con dos hijos, hijos tuyos,
que abrigaba en su regazo?
¿Recuerdas?
D. JUAN ¡Oh! Sí; perdón...
CLAV. ¡Perdón! Dios te ha castigado.
¡Tus hijos son éstos, mira;
aquí los tienes, ingrato;
míralos, son bandoleros,
criminales pregonados,
como su padre, malditos,
porque su padre fué malo!
JUSTO ¡Oh! Perdón...
JUAN ¡Madre!
JUSTO Perdón...
CLAV. ¿Perdón quieres? ¿No has pensado
en que te perdone, dí,
al cabo de tantos años?
JUSTO ¡Hijos!...
LOS DOS ¡Padre!

JUSTO Su perdón
necesito... De esa vida,
hijos míos, retiraos...
Luisa, tu perdón también...
LUISA ¡Padre!
JUSTO Tu perdón reclamo;
tu padre más compasivo
ya también te ha perdonado.
LUISA ¡Mi padre!...
JUSTO Murió de pena,
y en aquel momento aciago,
me encargó te perdonara
en su nombre ..
LUISA ¡Padre amado!
JUAN ¡Madre!
D. JUAN ¡Madre!
MARÍA ¡Madre mía!
GRE. (¡Yo no soy para esto, vamos!)
CLAV. ¡Oh! Si muere arrepentido,
Dios le tenga de su mano.
JUSTO ¡Oh!... que él te lo premie... ¡ah!...
no... puedo... más... (Espira.)
JUAN ¡Padre! Hermano,
á los pies de un moribundo
(Todos se arrodillan.)
arrepentidos juramos
no ser criminales más.
CLAV. El cielo os dará su amparo.
JUAN Mañana á Córdoba; allí
tengo amigos potentados
que pidan nuestro perdón
á los pies del Soberano.
María, sé que me amas,
pues bien, á tu amor pagando,
habrá dos bodas á un tiempo,
la mía y la de mi hermano.
MARÍA Juan, me devuelves al alma
la paz que le iba faltando.
LUISA ¡Bendiga Dios la existencia
de un hombre que vale tanto!
JUAN ¡Padre!
D. JUAN Espiró.
GRE. De una vez.

JUAN ¡Todos aquí arrodillados
pedid á Dios le perdone
como le hemos perdonado!
No más crímenes, no más;
los Niños ya se acabaron;
de hoy más seamos tan buenos
que el mundo diga al nombrarnos:
fueron bandidos, terror
de los pueblos muchos años,
más se acogieron á Dios
y ya son hombres honrados.

CLAV. (Dominando el cuadro.)
Y Dios, que desde la altura
vuestro voto habrá escuchado,
derramará su luz santa
vuestras faltas perdonando.

FIN DEL DRAMA

Es copia del original censurado.

PUNTOS DE VENTA

DE LOS EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Montera, 10; Gutenberg, Príncipe, 14; Viuda de Hernando, Arenal, 11; Victoriano Suárez, Preciados, 48; Sáenz de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10; Escribano, Plaza del Angel, 12; Romo y Fussel, Alcalá, 5; Iravedra, Arenal, 6; Viuda de Rico, Travesía del Arenal, 1.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Casa Editorial*, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.

Lisboa: Juan M. Valle, Rua Augusta, 220, 2.°

Habana: Sres. L. Manene y Comp.ª, Oficios, 19.

Puerto Rico: Sres. Sobrinos de Izquierdo y C.ª (Sociedad en comandita).

Manila: Sres. Massaguer y Echegoyen, «La Lira» Carriedo, 8.

México: José de la Macorra, calle de Capuchinas, 12.

América del Sur: Sres. Lazárraga y C.ª, Esmeralda núm. 258. Unicos representantes en la América del Sur para el cobro de los derechos de propiedad y venta de ejemplares.